

Ac. Esp. II - 239

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

La Historia como pretexto

DISCURSO LEÍDO
EL DÍA 10 DE MARZO DE 2002
EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA

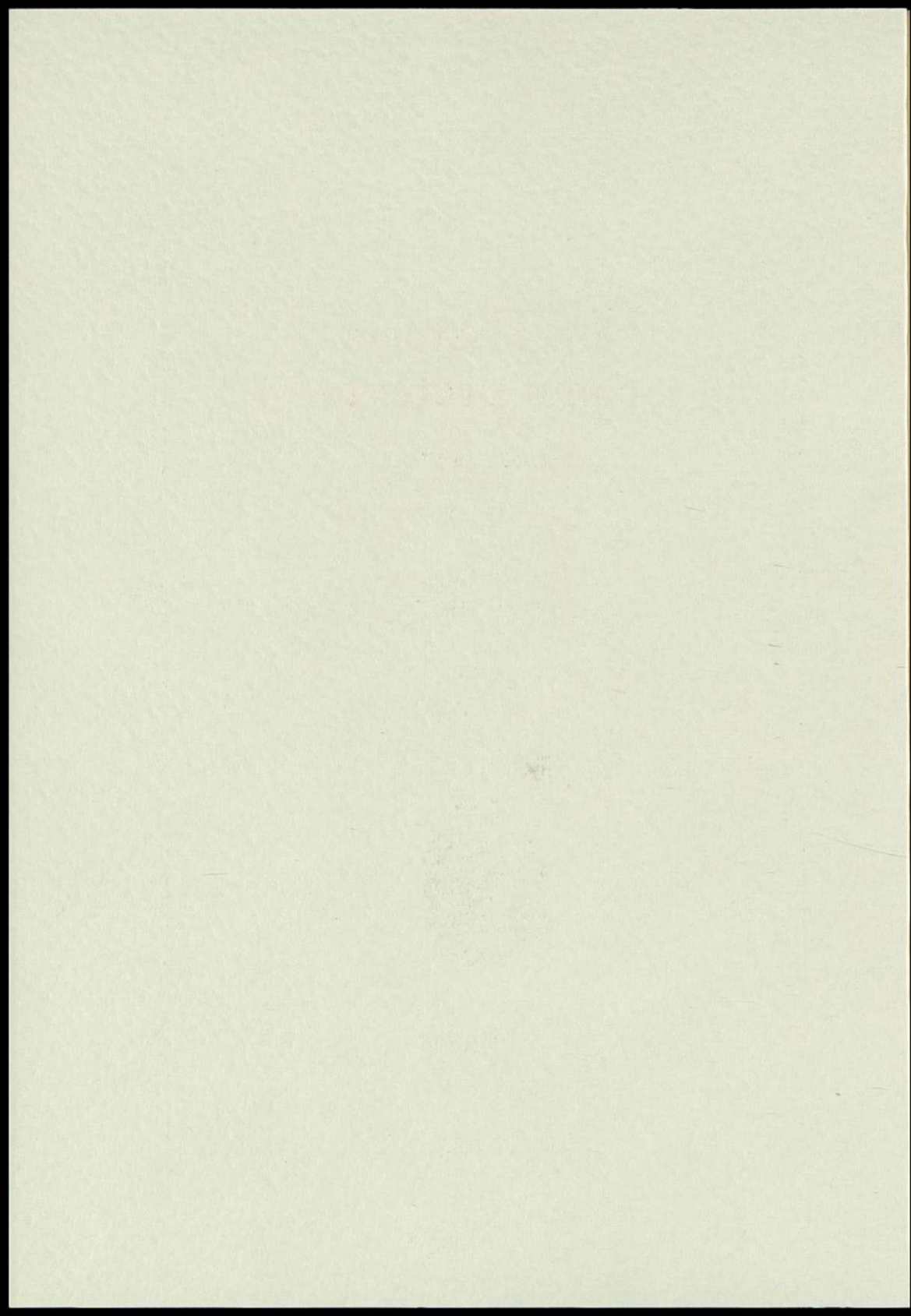
POR EL EXCMO. SR.
DON JOSÉ ANTONIO PASCUAL

Y CONTESTACIÓN DEL EXCMO. SR.
DON GUILLERMO ROJO



MADRID

2002



R. 12146

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LA HISTORIA COMO PRETEXTO

DISCURSO LEÍDO EL DÍA 10 DE MARZO DE 1902
EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA

POR EL EXCMO. SR.
D. JOSÉ ANTONIO PANTAL

Y CONTESTACION DEL EXCMO. SR.
D. GUILLERMO BUCH



MADRID
1902



LA HISTORIA COMO PRETEXTO

R. 72156

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LA HISTORIA COMO PRETEXTO

DISCURSO LEÍDO EL DÍA 10 DE MARZO DE 2002,
EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA

POR EL EXCMO. SR.
DON JOSÉ ANTONIO PASCUAL

Y CONTESTACIÓN DEL EXCMO. SR.
DON GUILLERMO ROJO



MADRID
2002



R. 251-2002

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LA HISTORIA COMO PRETEXTO

DISCURSO LEÍDO EL DÍA 18 DE MARZO DE 2002
EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA

© José Antonio Pascual y Guillermo Rojo

Don JOSÉ ANTONIO PASCUAL

Y DON GUILLERMO ROJO

Don GUILLERMO ROJO



Depósito Legal: S. 251-2002

MADRID
Impreso en Gráficas Varona

DISCURSO

DEL EXCMO. SR.

DON JOSÉ ANTONIO PASCUAL

DISCURSO

DEL DISCURSO

Don JOSE ANTONIO PASCUAL

Don José Antonio Pascual y Calles

Discurso leído el 21 de Mayo

Impreso en Gráficas Verano

SEÑORES ACADÉMICOS:

A la memoria se la representa en el Renacimiento como una mujer de dos caras, una de las cuales mira al pasado, mientras la otra vuelve sus ojos hacia el presente:

Dans l'iconologie de la Renaissance, on représentait la mémoire comme une femme à deux visages, tourné l'un vers le passé, l'autre vers le présent; tenant dans une main un livre (où elle peut puiser ses informations), dans l'autre une plume (probablement, pour pouvoir écrire de nouveaux livres) (T. Todorov 2000: 216-7).

Tzvetan Todorov nos previene con este ejemplo del conflicto que se produce entre la fidelidad que tenemos los seres humanos a la historia y la comprensión con la que solemos justificar nuestro presente. ¿Cómo evitar en estos casos caminar por las cómodas roderas de los mitos, cuando los signos de la realidad no resultan fácilmente descifrables? En teoría, es posible dar por medio de ellos con el sentido de la realidad, según explica Alejo Venegas:

Dio Dios al hombre el rostro alto, para que mirasse hacia el cielo y considerasse el movimiento de las estrellas [...]. Esto es lo que dixo David, que Dios extiende el libro de pargamino (A. Venegas 1546: f.º 34 v.º).

Y lo recuerda un escritor de nuestro tiempo, Pascal Quignard:

Les *stellae* sont les premières *litterae*. Aussi les constellations sidérantes sont-elles les premiers mots (P. Quignard, *Vie secrète*: 177).

La naturaleza está ahí, abierta a nuestras capacidades interpretativas, aunque no estemos dotados de la sagacidad de Basilio, el rey calderoniano, para recorrer los velos que dificultan la comprensión del libro del universo:

Esos círculos de nieve,	donde, en papel de diamante,
esos doseles de vidrio,	en cuadernos de zafiros,
que el sol ilumina a rayos,	escribe con líneas de oro,
que parte la luna a giros;	en caracteres distintos,
esos orbes de diamantes,	el cielo nuestros sucesos,
esos globos cristalinos,	ya adversos o ya benignos.
que las estrellas adornan	Éstos leo tan veloz
y que campean los signos,	que con mi espíritu sigo
son el estudio mayor	sus rápidos movimientos
de mis años; son los libros	por rumbos y por caminos

(P. Calderón de la Barca, *La vida es sueño*: vv. 624-644).

Más cercanos y fáciles de interpretar resultan otros signos: las palabras. Mientras los caminos de las estrellas conducen al universo, donde se esconde el destino de los hombres, estas últimas permiten reconstruir las pequeñas historias culturales del pasado de la vida y de la naturaleza humana. Pero para lograrlo se requiere no sólo una gran erudición, sino conocer y saber aplicar con rigor una serie de reglas evolutivas. Y, algo que me parece más importante aún, tener la prudencia de dejar de lado, para cuando vengan tiempos mejores, la etimología de unos cuantos vocablos cuya interpretación se nos resiste; actitud nada fácil cuando todos sabemos hacernos las preguntas sobre el pasado de las palabras,

pero sólo los especialistas nos resignamos a no encontrar respuesta a todas.

El hecho es que hoy sabemos mucho del pasado del léxico español, mucho más de cuanto nos resulta desconocido. No es esto producto de la casualidad, sino el resultado de un denodado esfuerzo que realizaron a lo largo del siglo XX tantas personas, don Rafael Lapesa entre ellas. Por ello tengo por un gran honor sucederle en esta institución donde dejó una parte de su vida, de su inteligencia, de su imaginación y de sus afectos. Los resultados a que llegó en la investigación me permiten aplicarle las palabras con que Juan Marichal quiso situar el pensamiento y la acción de don José Ortega y Gasset:

Uno de los conceptos más universalmente valiosos del pensamiento de mi maestro, Américo Castro, en sus años de exilio, fue el de *lo historiable*. Observó Américo Castro (frente al afán nivelador y estadístico de muchos historiadores contemporáneos, sobre todo norteamericanos) que no todo lo sucedido en el pretérito de un país es merecedor de ser recordado, merecedor de ser considerado historiable. Mas ¿qué es lo historiable? Aquello que todavía subsiste en la vida de un pueblo como constante incitación a adelantar en el proceso secular de humanización de la vida humana. Y sin duda la acción intelectual de Ortega (y la de su generación entera) es un episodio historiable de las tres décadas 1906-1936 (J. Marichal 2001: 419).

La vida científica y la acción intelectual del profesor Lapesa reúnen esta cualidad de lo historiable, porque sin la existencia de su obra las condiciones del estudio histórico del español no serían las mismas, tanto por la cantidad y variedad de trabajos que dejó como por el refinamiento metodológico con que los llevó a cabo.

Uno pasa por sus libros —¡tantas veces hay que recorrerlos!— con esa sensación de sosiego que produce no encontrar en ellos concepción alguna al apresuramiento. El cuidado con los datos, la solidez

de los argumentos y el rigor con que se encadenan las ideas dotan de coherencia una obra en la que su autor llega a deducir de las propias contradicciones nuevas posibilidades de interpretación de los hechos; lo que sólo se puede lograr con la originalidad que distingue a los espíritus generosos. Los resultados de su trabajo no le llevaron al sabio filólogo a faltar a la prudencia deslumbrándose con las hipótesis más arriesgadas; y ello tiene como consecuencia que los demás filólogos, ante cualquier duda, acudamos a sus publicaciones para confirmar en ellas la hipótesis más segura, bien se trate del voseo, del seseo, del artículo, de la distribución de los dialectos hispánicos, del español en América, de la caracterización de los fueros medievales o de la lengua de un escritor renacentista.

La amplitud de sus intereses le impelió a cultivar todos los dominios de la Filología, empezando por el estudio etimológico e histórico del léxico, continuando por el de la Literatura, siguiendo por el de la Historia de la Lengua —la literaria de un modo particular— y de la Dialectología, y terminando por el de la Morfología y de la Sintaxis. Y lo hizo sometiendo su trabajo al control permanente del método, en una disciplina histórica y comparativa que obliga a combinar una gran cantidad de saberes con una masa ingente de datos. Pudo lograrlo porque no dejó de velar a diario las armas de su disciplina, para resolver por medio de ellas esos enigmas que se emboscan detrás de cada grafía, de cada palabra, de cada construcción o de cada texto. Y supo cultivar todos los detalles con primor, pero desentendiéndose de tantas minucias innecesarias a las que cedemos a menudo los filólogos, atrapados por un estrecho positivismo demasiado confiado en sus propias posibilidades interpretativas.

Lo sorprendente es que don Rafael Lapesa tuviera la misma exigencia en las obras de juventud que en las de madurez; se comprende por ello que sus discípulos decidieran publicar su tesis doctoral, leída en junio de 1931 (R. Lapesa 1998a, completada con R. Lapesa 1976), donde, al estudiar la documentación medieval leonesa, había enfocado los hechos gráfico-fonéticos del asturiano occidental

dentro de la lucha de normas que se da entre los dialectos hispánicos a lo largo de la Edad Media; a la vez que siguió un proceder que caracteriza su obra entera (muchos de ellos en Lapesa 1985): contar con la historia externa para explicar los procesos del cambio.

De sus aportaciones sobre la historia del léxico me conformaré con señalar cómo la detección de los cultismos semánticos en Fray Luis de León (R. Lapesa 1972a) y aun en Garcilaso (R. Lapesa 1972b), antes inadvertidos, son una pista de la «penetración interior de bien asimilados recuerdos clásicos» (R. Lapesa 1972a: 45), con lo que descubre una importante vía interpretativa, desde una perspectiva meramente léxica para esa lengua del Siglo de Oro en que los escritores vanguardistas «escriben en lengua vulgar, no en una tradición vulgar» (A. Blecua 1981: 99; F. Rico 1981: 246); por no poderme adentrar ahora por los cauces que ha abierto para la comprensión del influjo que ha tenido la ideología en el léxico de nuestra lengua en tiempos modernos (R. Lapesa 1996). Les consta a ustedes la esforzada manera como el eminente filólogo afrontó sus deberes académicos, aportando sus conocimientos filológicos y lingüísticos, y participando decididamente en todos los trabajos lexicográficos de la Academia: no sólo como director e impulsor del diccionario histórico (R. Lapesa 1992: 107), sino también como redactor de artículos de esa magna obra y trabajador infatigable en las tareas del diccionario usual.

Sus estudios literarios, que es la parte de su obra que me resulta más distante, me muestran al profesor Lapesa como un lector con una comprensión nada común de los textos, unida a una gran sensibilidad para entenderlos y establecer relaciones entre ellos, gracias a su inteligencia, a la asimilación que hizo de tantas lecturas y a sus profundos conocimientos filológicos. Su artículo sobre «Poesía de cancionero y poesía italianizante» (R. Lapesa 1967: 145-171), que fue decisivo para encauzar alguno de mis trabajos, me parece todavía hoy esencial para entender las corrientes poéticas del siglo XVI: con una aparente sencillez da una lección magistral sobre

la cualidad de ser «brazos de un mismo río» que tienen esas dos formas poéticas del Siglo de Oro; situación que no se contradice con las claras divergencias que se perciben en aquella poesía. Su recorrido por la fortuna del mote «Yo sin vos, sin mí, sin Dios», glosado desde los tiempos de Enrique IV y recreado por Lope de Vega en *El castigo sin venganza*, es un ejemplo revelador de cómo el digno discípulo de Menéndez Pidal fue capaz de aplicar a la erudición esa fusión de inteligencia y sensibilidad que caracteriza su labor crítica. El conocimiento que tiene de la poesía de Villasandino o de la de Santillana, de la evolución de la poesía garcilasiana, de la lengua de Santa Teresa, de Fray Luis o de Cervantes le permite embarcarse en una aventura apasionada para la mejor comprensión de nuestra literatura, dando con no pocas claves interpretativas de ella.

No intentaré examinar sus aportaciones referidas al campo de la Historia de la Lengua: ningún filólogo puede acercarse al pasado del español sin utilizar su *Historia de la lengua española* (R. Lapesa 1980; para la evolución de esta obra, *vid.* R. Lapesa 1988), concebida, en principio, como una obra de divulgación, pero ampliada día a día, a lo largo de muchos años, sin perder esa cortés claridad que tuvo el libro desde sus comienzos. Abordó en ella, de una manera que podríamos llamar clásica, temas tan debatidos como el sustrato, la romanización o la lucha de normas en la Edad Media, por no citar uno a uno todos sus capítulos. En este manual y en otros trabajos suyos hay páginas decisivas sobre el sistema fonológico de finales de la Edad Media, el seseo, el yeísmo, etc. Incluso las que han dado lugar a discusión, como las referentes a la apócope, han servido de acicate para abordar —a favor o en contra de sus argumentos— un capítulo fundamental de la fonética histórica del español: su estructura silábica. Se distinguía en este tipo de investigación por la solidez del marco filológico elegido, el de la escuela de don Ramón Menéndez Pidal, sin que le faltara una condición que no suele ser común en el hispanismo, la de romanista capacitado, por ejemplo, para entender la importancia del occitano en nuestra

Edad Media: a este respecto, su *Asturiano y provenzal en el Fuero de Avilés*, que no por casualidad lo dedica «Al venerado maestro D. Ramón Menéndez Pidal» (publicado en Salamanca en 1948 y recogido en R. Lapesa 1985: 53-122) es una de las más innovadoras investigaciones realizadas en este terreno, igual que su interpretación del *Auto de los Reyes Magos*, atendiendo a sus rimas «gasconas» (R. Lapesa 1967: 37-47 y 1985: 138-156), sirve de prueba de que la romanística no tiene por qué reducirse a la reconstrucción por medio del comparativismo.

En sus clases universitarias anticipaba los resultados de sus investigaciones sobre la sintaxis histórica del español y sobre algunos aspectos de la morfología, a las que hoy podemos acceder cómodamente gracias a la recopilación que de ellas han hecho sus discípulos (R. Lapesa 2000: 896-927). No resulta así difícil comprobar con qué cuidado supo el sabio profesor completar este aspecto fundamental del estudio histórico del español que había dejado abierto su maestro Menéndez Pidal.

Dámaso Alonso le reservó el honroso título de «héroe de la inteligencia». Y fue, en efecto, un héroe para sus alumnos, leal colaborador con sus maestros y amigo de sus amigos. Para con todos ellos mantuvo a lo largo de su vida una fidelidad ejemplar: empezando por don Ramón Menéndez Pidal, de cuya obra fue la suya la mejor continuación, pues no sólo supo recorrer los senderos por los que se había adentrado el fundador de la Filología Hispánica, sino que abrió a su vez muchos caminos que el maestro no había tenido tiempo o interés en transitar. En momentos nada fáciles, la sacrificada lealtad que tuvo con don Tomás Navarro, don Américo Castro o don Amado Alonso (*vid.* una admirable prueba de su sentido de la amistad en R. Lapesa 1998b) sirvió no sólo para que la barbarie no se atreviera a desmembrar del todo la Escuela Española de Filología, sino también para contribuir a mantener en ella la calidad, el refinamiento y la pasión por la manera de trabajar que había impuesto su fundador, desde sus mismos comienzos.

Por desgracia, tuve pocas veces el privilegio de hablar demoradamente con don Rafael Lapesa, con excepción de un largo e inolvidable diálogo que mantuvimos en Sevilla, en el año 1980, y unas pocas ocasiones en las que compartimos, junto a varios filólogos más, mesa y conversación. Mis recuerdos del maestro Lapesa son, por ello, fundamentalmente librescos, de modo que el magisterio que ha ejercido sobre mí ha sido fundamentalmente a través de los libros; pero sus enseñanzas no se quedaron en una presentación rigurosa de los hechos o de las teorías, pues me contagió, a través de la palabra escrita, su apasionada forma de vivir para las disciplinas filológicas. Me cupo el honor de contribuir a la difusión de su pensamiento publicando —responsabilidad que compartí con don José Polo, don Gregorio Salvador y don Ramón Santiago— una importante recopilación de sus trabajos (R. Lapesa 1985).

Resulta de todo punto imposible —como se colegirá de cuanto acabo de decir— pretender estar a la altura del profesor Lapesa en la Academia que me recibe entre sus miembros; pero su ejemplo ha de servirme para cumplir las responsabilidades que asumo hoy en este acto. Ciertamente, Señores Académicos, al agradecerles la generosidad que han demostrado admitiéndome en esta institución, sólo encuentro argumentos para la modestia. Han premiado ustedes el azar que supone haber estudiado en la Universidad de Salamanca, en un momento en que pude encontrar allí maestros inolvidables, a los que debo mi formación, como don Fernando Lázaro, don Luis Michelena y don José Luis Pensado; magisterio que se completó, lejos ya de Salamanca, con el de don Juan Corominas. Han seguido ustedes honrándome por las lecciones de decoro y sabiduría que recibí de profesores como don Manuel García Blanco, don Antonio Tovar, don Martín Ruipérez, don Manuel Díaz y Díaz, don Miguel Artola, don Luis Cortés y don Manuel Moya. Y terminan distinguiéndome por algo que tampoco me atrevo a atribuir a mis méritos: el apoyo de tantos colegas y la comprensión de tantísimos alumnos.

Que mis deudas con muchas personas sean tan grandes —y no he reconocido sino una pequeña parte de ellas— no significa que no acepte enteramente, y con profunda gratitud, la responsabilidad que me corresponde en la Academia, en un momento apasionante, iniciado hace unos cuantos años, en que, sin dejar de lado la tradición, se perciben claros los aires de la modernidad. Sé que mis deseos más firmes no pueden ya compensar la fuerza de la juventud, ni siquiera con el elixir que destila la voluntad; pero ustedes han contribuido decisivamente a reforzar el placer que nunca he perdido en la búsqueda del conocimiento, así como la pasión de trabajar por mi lengua, por nuestras lenguas. Por todo ello, sencillamente, gracias.

I. EL TRIUNFO DE NUESTROS DESEOS

Con estos afectos que se cruzan en mi corazón y en mi mente, he de soñar por unos momentos con lejanías del pasado, con la intención de mostrar cómo solemos los seres humanos explicarnos a nosotros mismos y cuanto nos rodea, recurriendo a la etimología; aunque para llegar a ella confiemos en que la intuición puede seleccionar, de entre todos los sentidos de una palabra, esa parte esencial del significado que explica la razón profunda del contenido. Sin embargo, a menudo esa intuición nos lleva a forzar la realidad bajo la coacción de nuestros deseos, cuando creyendo saciar nuestra curiosidad pretendemos, de hecho, justificar las propias ideas de cómo deben ser las cosas. La misma voz *deseo* puede servirnos de ejemplo de nuestra disposición para adaptar el contenido de una palabra a lo que nos conviene, con el pretexto de extraerlo de una etimología. Lo mismo da que sea ésta falsa, como la que inventa Pascal Quignard para relacionar el deseo con el caos: «Le désir c'est le désastre» (*Vie secrète*, 173), o que, siendo correcta, pensemos que es posible reducirla al significado que tiene *desidia*: «*Desidia* procede de *desideria*, vocablo latino que significa 'deseos'. Es pues la pereza del que se abandona a los deseos» (J. A. Marina, *Abc literario*, 2.1.98, p. 63).

I.I. *De re uniuersitaria*

Con el acicate de nuestros deseos, que ni desembocan en un desastre ni nos inducen a la desidia, solemos dirigirnos los uniwersitarios a la etimología para encontrar en ella la justificación de que la *uniuersitas* ha de responder a su vocación de universalismo. No seré yo quien trate de quitar un ápice de razón a quienes consideran imprescindible que la universidad abra sus puertas al universo mundo y a la cohesión y universalidad del conocimiento, pero sí me guardaré mucho de darle la razón en esta interpretación histórica del vocablo, cuando *uniuersitas* era en la Edad Media algo que correspondería a los actuales sindicatos, corporaciones o hermandades:

En la Edad Media se llamó Estudio (*Studium*) lo que hoy denominamos universidad, mientras que la palabra universidad (*uniuersitas*) era sinónimo de 'corporación', que podía ser de cualquier naturaleza, uniwersitaria o no. De ahí que dicha palabra suele ir acompañada de un genitivo que determina la naturaleza de tal corporación. Así, la *uniuersitas magistrorum* era la corporación de los maestros, y de la misma forma había universidades de los innumerables gremios laborales del medievo (A. García y García 1989: 17).

Aunque bueno es acumular al sentido originario de las palabras los cambios que les ha ido dando la historia, tal y como hace Adela Cortina:

Nació la universidad —recordemos— en los siglos XII y XIII, en ciudades como Salerno, Bolonia, París o Salamanca, con el objetivo de formar profesionales (médicos, abogados, teólogos) capaces de atender a las necesidades de la época. El nombre *uniuersitas* se refería a la totalidad, a la corporación de maestros y estudiantes que defendían sus privilegios con vistas a cultivarse en su profesión y recibir la *facultas* para ejercerla, previniendo así intrusismos y

garantizando calidad. ¿Qué permanece de aquella época para lo que aquí nos importa? Según Durkheim, un valor positivo, la idea de universalidad, al que podríamos añadir otros dos: la formación de profesionales atentos a las necesidades de la época y la búsqueda de la verdad.

Esta última siguió siendo la gran meta de aquella universidad liberal que nació a comienzos del siglo XIX en Berlín, bajo el impulso de Humboldt. Por *uniuersitas* se vino a entender entonces el conjunto de los distintos saberes, entre los que existe una unidad innegable. Para acceder a ella era preciso forjarse un carácter universitario, es decir, entrenarse en la búsqueda de la verdad, adquiriendo hábitos de investigación, transmitir el saber a las generaciones más jóvenes y aprender el arte de la discusión abierta y crítica en la comunidad de quienes aspiran a la verdad (A. Cortina, *El país*, 18.12.2001).

Claro que en defensa de nuestros deseos está el hecho de que, a menudo, ni el origen de una voz es aquél al que nos inducen las apariencias ni, frente a lo que se suele pensar, en ese acto creativo se contiene lo fundamental del significado de una palabra. En el caso de *universidad*, por encima de su sentido prístino de 'corporación', ha terminado adquiriendo un halo connotativo que la relaciona con la universalidad de los saberes. Como en los seres humanos, las palabras no contienen escrito su destino, pues éste se va creando a lo largo de toda su historia.

Lo mismo ha ocurrido con el parto tardío de términos como *humanismo* o *humanista* (F. Rico 1993: 38). En este último, acuñado sobre la base de *jurista*, se cruzan diferentes sentidos, designando en principio a quienes se ocupaban de las letras humanas, por contraste con las divinas (D. Ynduráin 1994: 59); en ello puede verse un eco de la *humanitas* ciceroniana, que supone «tanto un comportamiento correcto en las relaciones sociales como un cierto tipo de formación intelectual», correspondiente a la del «*orator*, pues la cualidad específica del hombre es la palabra» (*id.*: 60). Y, sin embargo, *humanismo* se

emplea preferentemente en la actualidad, como la actitud de quien se preocupa por los seres humanos y por sus asuntos.

Igual que a lo largo del tiempo van contaminándose los sentidos de las palabras por los roces de la historia, éstas se cruzan entre sí, dando lugar a eso que para un etimólogo resulta un mal inevitable: la contaminación entre sus sentidos que puede dar lugar a cambios importantes en las familias de palabras. ¿Quién puede darse cuenta de que *heredar* y *herencia* no tienen una misma base etimológica, salvo un etimólogo? Y, sin embargo, se han ensamblado de tal manera los significados de la una y la otra que han terminado convirtiéndose en voces emparentadas.

1.2. *De algunos miedos*

Con los deseos ocurre como con las inhibiciones. Un columnista de un periódico, buen degustador del pasado de nuestras palabras, en una hora de desaliento nos atribuyó a los españoles, por vía etimológica, una culpa que ni fuimos los primeros en contraer ni la realizamos de una manera más brutal que otros pueblos mucho más interesados que nosotros en librar de tinieblas el corazón de los demás:

Cuando dejamos de importar esclavos, entramos allí a colonizar —pobre Colón, qué palabra dejó al mundo—.

No es mi intención criticar a nadie por un mero despiste, justificable además por el razonable apresuramiento con que se ha de escribir a diario en la prensa, y que se explica además por la facilidad con que podemos deslizarnos hasta ese doloroso espacio en que nos colocamos a veces los españoles, para arrepentirnos en público por perversiones que no son exclusivas nuestras. Esto último es lo que me preocupa; da igual que la queja programática se base en Colón o se encauce por esa nueva versión del idealismo vossleriano que supone aplicar la peligrosa metáfora del ADN a nuestra lengua —todas las metáforas son peligrosas cuando se emplean en los llamados asuntos

«identitarios»—, pues cualquiera puede llegar a tomar como una realidad la existencia de genes perversos de los pueblos, entre ellos ése que justifica nuestra imposibilidad de industrializarnos:

Por debajo de muchas palabras hay ideas muy profundas que, como el ADN, no dan la cara, pero lo determinan todo. Un ejemplo: ¿Cómo iba a ser España un país industrial si una palabra como «maquinar» significa en nuestra lengua nada menos que tramar auténticas felonías? Eso es genética lingüística.

Nada hay ahí de genética, sino de pura y simple historia, que por otro lado no nos atañe en exclusividad, pues el verbo *machinor* contaba en el propio latín no sólo con la acepción de 'combinar, imaginar algo ingenioso', sino también de 'urdir, preparar un complot'. Y es razonable que así fuera, cuando las máquinas, los ingenios y los aparatos se utilizaron en el pasado —y qué decir del presente!— como artefactos para la poliorcética, o arte —término al que haríamos mal en buscarle una explicación recurriendo a esta genética particular para uso de lingüistas— de atacar y defender las plazas fuertes. No se requiere contar con un gen lingüístico para explicar que en los documentos medievales catalanes quienes pactan algo hayan de actuar «sen mal engien» (P. Russell-Gebbett 1965: 71), es decir, sin servirse del ingenio con malos fines; ni con otro gen para que «escoller» significara en gallego, si hacemos caso al Padre Sarmiento, «al que creen ser *nubero* y *nigromántico*, o que es muy feo» (J. L. Pensado 1973: 268).

Toda cautela es poca para abordar la interpretación histórica del léxico de una lengua, por una razón que los poetas entienden mejor que nadie: la pérdida de la memoria, responsable, en última instancia, de los cambios de significado:

Le langage est étourdi —oublieux—. Les significations succesives d'un mot s'ignorent. Elles dérivent par des associations sans mémoire et la troisième ignore la première (P. Valéry, «Tel quel»: 621).

Voy a fijarme sólo en unas cuantas huellas del pasado, para mostrar de qué forma se interponen las prevenciones y conveniencias entre nosotros y la realidad cuando pretendemos interpretarla. Lo hago con la perplejidad además del técnico que suele acceder al pasado de la misma forma que Walter Benjamin (1971: 316, *apud* M. de Certeau 1975: 330, n. 34) se acercó a la obra de Proust, sabiendo que «le souvenir est l'emballage, et l'oubli, le contenu», una forma más desengañada aún de ver las cosas de como las veía aquel gran desengañado que fue Mateo Alemán, para quien «lo uno vemos, lo otro se nos olvida» (M. Alemán, *Guzmán*: 355). De hecho, organizamos nuestros engañosos recuerdos con el apoyo de los olvidos y el refuerzo de las invenciones, pues creemos que basta con la intuición para llegar, sorteando las apariencias, a la verdad desnuda de las cosas.

1.3. *Del mundo*

Así, a lo largo de la historia, distintos escritores se han referido al origen de la voz *mundus*, sin resignarse, como nos resignamos los lingüistas, a optar prudentemente por un *non licet*. Isidoro explicó esta voz fijándose en un rasgo suyo que le conduce hasta *motus* 'movimiento', sustantivo al que nada le une:

Mundus est is qui constat ex caelo, et terra et mare cunctisque sideribus. Qui ideo mundus est appellatus, quia semper in motu est; nulla enim requies eius elementis concessa est (Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, I: 456)¹.

Al santo etimólogo le interesaba el movimiento del universo, como clave de su interpretación. A otros, en cambio, les parecía

¹ «Mundo es el conjunto integrado por el cielo, la tierra, el mar y todas las estrellas. Y se llama *mundo* porque siempre está en movimiento: a sus elementos no se les permite descanso alguno» (Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, I: 457).

significativa la posible relación con el adjetivo *mundus* 'limpio', 'exquisito'; se entiende así que Sá de Miranda se fijara en el limpio río *Mondego* y que Luis Vives se atreviera a relacionar esta palabra con el adjetivo latino homónimo:

Non inmerito vocatur opus hoc *mundus*, et a Graecis *cosmos*, quasi ornatus, et elegans (L. Vives 1780: 148)².

Se trata de una idea que venía ya de los clásicos, según mostró Herrera:

Pitágoras, según Plutarco [...], fue el primero que a toda la complejión de todas las cosas universales llamó mundo por aquella elegante digestión de cosas que se ve en él; porque los griegos lo nombraron *cosmos* por el ornato, y los latinos *mundo* por su limpieza (A. Gallego Morell 1972: 449).

Tampoco parece disentir de ellos Gracián, quien al comienzo de la crisis VI de *El Criticón*, dedicada al «estado del siglo», explica:

Quien oye decir mundo concibe un compuesto de todo lo criado, muy concertado y perfecto, y con razón, pues toma el nombre de su misma belleza: que quiere decir lindo y limpio (B. Gracián, *El Criticón*: 562 a).

Pero al finalizar esta crisis VI da la vuelta a la interpretación para mostrar una forma antifrástica de etimología *-a contrariis-* que se remonta a los estoicos (E. R. Curtius 1955, I: 72; H. Arens 1976, I: 31), a la que había conducido la propia historia de la humanidad:

—¡Que a éste llamen mundo! —ponderaba Andrenio—. Hasta el nombre miente, calzóselo al revés: llámese inundo y de todas maneras disparatado.

² «Con razón se llama esta obra *mundo*, y los griegos la llaman *cosmos*, como si dijéramos adornado, y pulido» (L. Vives 1780: 149).

—Algún día —replicó Quirón— bien le convenía su nombre, en verdad que era definición cuando Dios quería y lo dejó tan concertado (B. Gracián, *El Criticón*: 574 a).

Es el mismo vuelco a la realidad que dio Cervantes en el *Persiles*, al justificar también por antífrasis el nombre de *Rosamunda*, sirviéndose de las palabras del maldiciente Clodio:

—¡Oh Rosamunda o, por mejor decir, Rosa inmundada, porque munda, ni lo fuiste, ni lo eres, ni lo serás en tu vida, si vivieses más años que los mismos tiempos! Y así no me maravillo de que te parezca mal la honestidad ni el buen recato a que están obligadas las honradas doncellas. Sabed, señores —mirando a todos los circunstantes, prosiguió—, que esta mujer que aquí veis, atada como loca y libre como atrevida, es aquella famosa Rosamunda, dama que ha sido concubina y amiga del rey de Inglaterra, de cuyas impúdicas costumbres hay largas historias... (M. de Cervantes, *Persiles*: 215).

Y es que el autor del *Persiles* no tenía más remedio que definir por los contrarios el nombre de una mujer que es la representación de la lascivia y que ha de terminar muriendo avergonzada.

Gracián no tiene inconveniente en contradecirse dentro de la propia contradicción, al deslizarse por el campo de la agudeza, para orientar la explicación de *mundo* por otros derroteros, pues necesitaba aceptar la comparación que el Tasso había hecho entre Cosme de Florencia y el mundo:

Que eso significa el nombre de Cosme:
Cuesta è vita di Cosmo, anzi del mondo,
Per che un mondo fu Cosmo, etc.
(B. Gracián, *Agudeza*, II: 43).

En nuestra época, Jorge Guillén rizó el rizo de la etimología que acerca el mundo al cosmos, igualándolos en un «mundo terso»,

que lleva hasta la «mente monda», en un choque con la realidad que es para el poeta el acto de conocimiento (J. Guillén, «Rama de otoño», v. 4: 306).

1.4. *Amor y conocimiento, una misma pasión*

Claro está que los jirones de la realidad pueden quedar prendidos en las palabras. Si hubo una persona que por primera vez tuvo la ocurrencia de decir «tengo la impresión de que», lo hacía porque participaba de la idea de que cualquier acto de conocimiento deja su huella impresa, como deja, por su parte, las tuyas el amor, tras saltar la aduana de los ojos y llegar al alma o a sus potencias:

Desde la mi eterna edad
en mi alma se emprimió,
y con el tiempo creció
el amor.

(*Cancioneiro de Évora*, § 47).

En el alma, en la memoria o en la mente, que vienen a ser casi lo mismo, queda impresa una realidad que abarca tanto los actos de amor como los del conocimiento:

... enprentaste
en sus mentes dichos tantos.

(P. Marcuello, *El rimado de la conquista*: 326).

... enprentada
en la mente traéys cruz

(*id.*: 346).

Y esta impresión imborrable que deja, por ejemplo, la cara de la dama en el alma del poeta, puede compararse a la escritura, como se compara en el garcilasiano «escrito 'sta en mi alma vuestro gesto» del soneto V, procedente, según Bienvenido Morros, de Bembo (G. de la Vega, *Obra*: 17; cf. R. Lapesa 1968: 67) o en

Francisco de Sá e Meneses, que adapta así el verso garcilasiano: «escrita bibirás en mi memoria» (*Cancioneiro de Évora*, § 70, cf. pp. 126-128). Mientras que el Comendador Escrivá considera estas huellas imágenes esculpidas:

En aquel punto que os vi,
imagen en mí esculpida,
con mis ojos impremida
dentro en mi alma os metí
(*Cancionero general*, § 142: f.º 186 v.º).

Al igual que en *La vita nuova* de Dante o en las poesías de Petrarca, encontramos en Jorge Manrique la clave de cómo pueden penetrar las flechas del amor por las ventanas del conocimiento: venciendo a la voluntad y tomando por cómplices a los sentidos —los ojos de una manera particular—. De ahí la irremediable situación del poeta, que permanece indefenso ante las asechanzas del amor:

Estando triste, seguro,
mi voluntad reposava
cuando escalaron el muro
do mi libertad estava;
a escala vista subieron
vuestra beldad y mesura
y tan de rezio hirieron
que vencieron mi cordura.

Luego todos mis sentidos
huyeron a lo más fuerte,
mas ivan ya mal heridos,
con sendas llagas de muerte;
y mi libertad quedó
en vuestro poder cativa,
mas gran plazer ove yo

desque supe que era biva.
Mis ojos fueron traidores:
ellos fueron consintientes,
ellos fueron causadores
que entrassen aquestas gentes.

[...]

Después que ovieron entrado
aquestos escaladores,
abrieron el mi costado
y entraron vuestros amores,
y mi firmeza tomaron,
y mi corazón prendieron,
y mis sentidos robaron,
y a mí solo no quisieron

(J. Manrique, *Poesía*, § 6: 64 y 65, vv. 1-20: 25-32).

Es ése el proceso del amor y, según he dicho antes, del conocimiento (*cf.*, sin embargo, las precisiones de V. G. de la Concha 1978: 68-69, a propósito de la mística). Nuestro léxico permite comprobar así de qué forma permanece latente la idea de que el mundo exterior se impone a esa *mente monda* ya citada de Jorge Guillén, poeta para el que conocer supone una invasión de la realidad que deja sobre el sujeto su huella impresa. Si comparamos estas *impresiones* con la posibilidad de *captar* aquello que se nos dice, es decir, de asir desde nuestra mente la realidad (para *comprender* y *concepto* en Ortega y Gasset, *vid.* L. Gabriel-Stheeman 2000: 42, 45, 51), veremos, en efecto, que la lengua proporciona pequeñas pistas de la manera de ver y entender las cosas de quienes se han servido de ella antes de nosotros. Es la sencilla aspiración del quehacer etimológico.

2. CARTAS DE NOBLEZA Y EJERCICIOS DE INGENIO

Los seres humanos somos capaces de desprendernos del pasado inventándolo a nuestro gusto y convirtiéndolo en mito; se entiende así bien que en la *Primera crónica general* de Alfonso X (6) o en las *Sumas de historia troyana* de Leomarte (339) o en *El victorial* de Gutierre Díez de Games (160 y ss.; *cf.* xxxiii, xxxiv), se decidieran sus autores a seguir una tradición que hacía venir Britania de Bruto; o que se haya puesto un toro en el escudo de la villa de Toro, aun cuando ese nombre nada tenga que ver con los toros, sino con los *Campi Gothorum*; o que, no habiendo existido leones por aquí, tengamos en el escudo de mi comunidad castellano-leonesa rampando un león, en lugar de contemplar descansando en él a toda una legión romana, a la que León debe su nombre. De todas formas, qué se nos da de que las cosas no sean así, cuando ni resulta fácil acceder al pasado de las lenguas ni se ve que lograrlo pueda

reportar beneficio alguno, tal y como explica don Juan Valera, en un artículo de 1905:

[No] se considere como agravio que hago a la gramática histórica el que yo la tenga [...] por poco útil. Por su inutilidad la venero y por su novedad me atrae, me seduce y me encanta (J. Valera, *Obras*, II: 1176).

Máxime cuando el fanatismo ha incitado a otros a justificar toda clase de barbaridades con el recurso al pasado. Por eso hay gente que comparte la idea de un detective privado alemán, protagonista de una novela de la serie negra:

No me interesa mucho el pasado y, si quieren saberlo, es la obsesión de este país por la historia lo que, en parte, nos ha metido donde estamos ahora (Ph. Kerr 2001: 77).

Palabras que parecerán razonables a quienes hubieron de soportar la miseria intelectual de una serie de orates fascinados por determinados mitos que les abocaban a dirigir su mente a una memoria clarividente ancestral. Por desgracia, la barbarie se cuela también, imperceptiblemente, por algunos resquicios de las construcciones científicas, incluso después de que los *ilustrados* creyeran poder arrinconar las creencias en el almacén de las fábulas; pues estas últimas han llegado después a ocupar a menudo el lugar del razonamiento. Hace unos años O. Szemerényi encontró que en ugarítico existe la forma *'ary-* con el significado de 'pariente, miembro de la propia familia, compañero', relacionado a su vez con la forma egipcia *'iry* 'compañero' (F. Villar 1996: 16). De donde resulta, si no es un espejismo esta relación, que el término *ario*, utilizado en su momento como bandera con que justificar el exterminio de la raza judía, se trata precisamente de un préstamo de procedencia semita en las lenguas indoeuropeas.

2.1. Palabras

Claro está que son muchas más las situaciones en que uno se inventa el pasado con otros fines más confesables, como dotar de cartas de hidalguía a la propia ciudad. Empezaré por la que me resulta más cercana en mis afectos, por Salamanca, cuya etimología nos la presenta así uno de sus historiadores:

Fue fundada, conforme a lo que dize Justino, por Teucro, capitán griego, hijo de Telamón, rey de la isla Salamina en el mar Eubeo, que después de la pérdida de Troya, no siendo admitido del padre de la isla, navegando mares, tomó puerto en España en el mar de Galicia y metiéndose tierra adentro, en memoria de su patria Salamina, fundó esta ciudad, dándola nombre de Salamanca. La gente que traía consigo (dizen algunos) que eran salaminos y áticos, y que de estas dos naciones tomó el apellido y se llamasse Salamática, engañándose los que atribuyen la fundación desta ciudad a Hércules, como no acertaron los que le dieron nombre de Selium y Séntica (G. González Dávila 1606: 5).

Sin pretenderlo, Troya resultó ser una excelente cantera de fundadores de ciudades: de ahí salió este Teucro que, tras erigir Pontevedra, vino a Salamanca jugando a ser Eneas; por Troya había estado de paso el rey Rotas de Nubia, antes de fundar Toledo (E. de Villena, *Glosas a la Eneyda*, II: 140); y de allí procede incluso un triunfador como Ulises, si hemos de hacer caso a Lucas de Tuy, que le atribuyó la fundación de Lisboa:

Hac etate Vlysses nauigio in Hispaniam uenit et ciuitatem Vlisbonam condidit, (Lucas de Tuy: *Chronicon*, Lib. I, cap. 42; p. 13 de la edición de Mariana)³.

³ «En esta época Ulises llegó por mar hasta Hispania y fundó la ciudad de Lisboa».

El Tudense era capaz de todo, incluso de hacer hispano a Aristóteles (F. Rico 1967). Alfonso X se mostró más comedido, al resignarse a contar con un nieto y una biznieta del *Odiseo* para la empresa de la creación de Lisboa (*Primera crónica*, I: 9). Pero aunque no todos fueron tan prudentes como él, al menos se preguntaron si esto que «dizen las estorias» ocurriría «ante que fuese a Troya o después» (Leomarte, *Sumas*: 281). Gracián parece menos cauto en lo referente a esta historia, al dar por hecha la acción del capitán griego, pero precisamente porque le venía bien para elogiar a nuestros buenos vecinos portugueses: «jamás se halló portugués necio, en prueba de que fue su fundador el sagaz Ulises» (*El Criticón*: 611 b).

Pero continuemos hacia el norte, para llegar a otra ciudad en la que me siento como en casa, Zamora, que nos permite comprobar que por los cauces de la imaginación cabe cualquier disparate, por grande que sea. Jiménez de Rada lo había explicado con los pies puestos —demasiado puestos— en tierra:

Cum rex ipse locum ascenderet ad uidendum, satelles quidem, qui inter ceteros regem cum spiculo precedebat, uacam nigram dicitur inuenisse, quam uolens rusticanus aplausus uocabulo delinire, feertur dixisse: «ce mora»; uacas enim eius coloris Hispani armentarii moras uocant; unde et rex Zemoram nomen inidit ciuitati (Roderici Ximenii de Rada, *Historia de rebus*: 139)⁴.

Tan «estúpida fábula» indignó a Juan Gil de Zamora, quien prefirió atenerse «a la verdad histórica que habían expuesto los historiadores

⁴ «Uno de la escolta que lo precedía [...] encontró una vaca negra, y queriendo apartarla con una voz de las que usan los campesinos, se cuenta que dijo: "Ce, mora", pues los pastores hispanos llaman "moras" a las vacas de este color; por lo que él dio a la ciudad el nombre de Zamora» (R. Jiménez de Rada, *Historia de los hechos*: 183).

romanos», aunque para ello tuviera que andarse por las ramas de una más rancia alcurnia:

Zara, hija del mismo Pompeyo, al advertir [en la lucha contra Numancia, que era el nombre antiguo de Zamora] la valentía de tan escasos ciudadanos [...], obtuvo la autorización de Pompeyo para dialogar con los habitantes de la ciudad asediada [...]. En cuanto Zara, la hija de Pompeyo, entró en la ciudad y habló a los ciudadanos, persuadiéndolos con sus razonamientos, éstos volvieron a hacer las paces [...]. La ciudad numantina se llamaría *Zamora*: esto es, de *Zara* y *Roma*, cambiando las letras de *Roma* en testimonio evidentemente de que la propia Zara, hija de Pompeyo, había reducido a los numantinos a la paz con su padre y en señal de que el cónsul romano había obtenido alguna victoria sobre los numantinos. Así pues, de *Zara* y *Roma*, que cambiando las letras se dice *mora*, por la hija de Pompeyo, Numancia fue llamada Zamora (J. Gil de Zamora, *De preconiis*: 149-150).

Algo más al norte encontramos a don Pedro de Junco superando a todos en imaginación, para dotar a Astorga de unos antecedentes ilustres:

Asty (o *astv*, por la versión de *y* en *v* que siempre hicieron los latinos) es palabra griega; significa lo mismo que *urbs* vel *ciuitas*, ciudad en nuestro Castellano [...]. *Asty*, o *astv*, llamaron a Atenas por antonomasia, como *urbs* a Roma, y así comenzaron Astyr, y los astyros, el nombre de su fundación con esta palabra: *Astv*, llamándola «ciudad» [...]. Y de las fundaciones griegas, aún suenan en España algunas con esta palabra: Asta, Asty, Astv. Sea la primera nuestra Astorga en vulgar, y en latín Asturica [...]. Ya la tenemos *Astv*, que es averla dado título de ciudad, y virtualmente incluye el nombre de Astyr, y los Astyros fundadores.

Pues como los griegos fueron tan inclinados a las supersticiones, ritos y ceremonias de sus dioses, y las celebraban en su tierra en

tiempos y días señalados, y en muchas de sus ciudades, en particular las fiestas de el dios Baco, juntaron al nombre de ciudad, que es Astv, la palabra *orgia*, que significa en griego «ritos, ceremonias sacras»; y compuesto un nombre de entrambas palabras, llamaron su fundación *Astorgia*, que fue dezir, 'ciudad para celebración y culto de los Dioses' [...].

Y no es pequeño indicio dezir Estrabón (y refiérelo Morales) que las bodas de gente asturiana se celebravan al uso de los griegos... (P. de Junco 1635: 25-27).

Tenemos así que en el territorio leonés, donde existe una capa lingüística céltica previa a la base latina, el *sanctus amor patriae* ha llevado a nuestros antepasados a tomar por un hecho normal que los griegos fueran los fundadores de nuestras ciudades. Aunque, cuando ha sido necesario, se ha sustituido a Hércules por Gerión o se ha buscado el prestigio del hebreo o el vasco, según lo demuestra para esta última lengua Mateo Luján de Sayavedra, recurriendo a las palabras de un lacayo vizcaíno «apasionado por su tierra y su hidalguía» y «amigo de leer historias», pues:

... Aunque obscura [...] el mayor blasón e indicio de su nobleza, porque es una de las setenta que en la confusión de la torre de Babilonia por voluntad divina se inspiró; y es tan compendiosa, sentenciosa, significante, que casi en cada vocablo declara un grande concepto, lo que sólo se halla en la hebrea, cimbría y esclavónica; y véese que es la misma lengua sin que se haya mudado ni corrompido ni en un vocablo, porque los mismos con que se significaban cosas permanentes, como son ríos, montes, ciudades y pueblos, duran agora desde antes de las guerras y monarquías de los romanos y cartaginenses, como se vee por historias graves (M. Luján de Sayavedra, *Segunda parte*, II, cap. 8: 178).

Con el pasado vale todo, incluso caer en el absurdo, como hemos visto que le ocurrió a un arzobispo toledano, que ocupado

en defender los derechos de su sede, se había despreocupado de buscarle a Zamora un origen más decoroso que el que suponía recurrir a una vaca morucha que pasaba por allí. Tampoco Francisco Delicado debía tener ningún interés en ennoblecer Lípári, pues la justificación que le encontró casi parece un chiste:

Porque antiguamente aquella ínsula fue poblada de personas que no había sus pares, d'adonde se dijeron *li pari* 'los pares'; y dicen en italiano: *li pari loro non si trovano*, que quiere decir 'no se hallan sus pares'. Y era que, cuando un hombre hacía un insigne delito, no le daban la muerte, mas condenábanlo a la ínsula de Lípári (F. Delicado, *La Lozana*: 250).

En cambio, para una ciudad que no pudo —ni puede— resultar ajena a casi nadie, bien se justifica una etimología de campanillas, como la que le dio Fray Luis Escobar a la que:

...se llama París la real.

Y nombre sin par también le meresce
por muchos doctores que de ella salieron
y por el primado que en sciencia le dieron
por la theología que en ella floresce.

Y un ýdolo avía al qual adoravan
con mil cerimonias y formas y ritos
do está el monesterio de monjes benitos,
que era una diosa: Ys la llamavan.

Assí que a París dos sillabas davan:

par es la primera, la segunda *ys*,
dando a entender que a par es París
de la diosa Ys que tanto estimavan.

(Fr. L. de Escobar, *Las quatrocientas*: f.ºs 161v.º-162r.º).

Llegados aquí, merece la pena copiar íntegra la respuesta a la pregunta —§ 319— que un religioso le hizo, que rezaba así: «qué

nombres de pueblos han seydo mudados en España, siendo enagenada en diversos señores»:

«Porque es regla cierta y muy aprovada que oír y saber cobdician los hombres, querría saber los primeros nombres que ovieron tenido Xerez y Granada. De todos los otros no pregunto nada, que destos dos solos os oy hablar; empero, si os plaze de más aclarar, será la merced muy más estimada.

Respuesta del auctor.

Antes que España fuesse agenada, Xerez era Sutis, Granada Liberia, Almeria Urgi y Madrid Urseria, y Écija Astigi era llamada; la noble Toledo, cibdad estimada, Serrezola era su antiguo nombre, León Sublancia, Flos por sobrenombre, y Xátiva Setanis era nombrada. Y Cabro primero a Cabra nombraron; y a Badajos Pace, Metensa a Jaén, a Montages Calabria nombraron también y el nombre de Roma en Astorga mudaron. Guadix antes desto Acti la llamaron; Lucena a Gitania allí se nombrava; llamávase Oreto la que es Calatrava y el nombre de Numancia en Çamora trocaron, y otros Numancia a Soria aplicaron.

Pamplona Martua llamarse solía; llamávase Élbora la que es Talavera,

y Dóminos Santos assimismo era el nombre que allí Sahagún posseya. Valencia Coyanca por nombre tenía, digo Valencia del Conde llamada; y Guadálajara Cúmpluto nombrada, y Nájera entonces Tracia se decía.

Yspalin Sevilla, que nombralla quiero, y Castrooraf Apriana nombrado, y a Benavente llamavan Malgrado, y Córdova dicha Patricia primero, y a Burgos Burguillos, que dexó rastrero, y a Toro llamavan Campo de Godos, a Montiel Selva; así que por todos os he dicho treynta por número entero.

En otros auctores también he leydo que Omes llamavan a Talavera, y de Gibraltar que su nombre era Gelbafac Guelbatajes, si yo no me olvido. Llamavan Bencayde a Alcalá la Real, Labla a Niebla, Sidonia a Xerez, Berlanga Tanilla nombrada otra vez, y Medinaceli Segoncia otro tal. Son otros siete, si bien es contado, los nombres mudados aquí en estos versos, según los ley en libros diversos, mas pienso que algunos se abrán olvidado. Así que avrá hartos que yo no he nombrado o por negligencia o por no trabajar; quien más nombres destos pudiere hallar no me condene, pues no soy culpado

(Fr. L. de Escobar, *Las quatrocientas*: f.ºs 167 r.º-167 v.º).

No deberíamos tomarnos a broma a nuestro buen fraile, pues nos proporciona una lista de algún interés, en la que las explicaciones dadas a los topónimos, tanto las disparatadas como las razonables, han de tomarse como ideas adquiridas poco a poco, a lo largo del tiempo, compartidas con él por los eruditos de la época.

La explicación etimológica de los apelativos suele adolecer de la misma falta de rigor que los topónimos, pero, además, en la mayor parte de los casos, los escritores son más libres de imaginar por su propia cuenta y riesgo una etimología. Lucas de Tuy explica *magi* por *magni*, tratándose de los Reyes Magos:

Sapientes enim dicebantur *magi* quasi maiores uel magni (Lucas de Tuy, *Chronicon mundi*: 29)⁵.

Habrà que reconocerle, al menos, que pone en relación formas que mantienen una pequeñísima –si bien decisiva– discrepancia fonética. Porque hay excesos mayores, como el de Juan Arce de Otàlora cuando da –no sin una pizca de ironía– con la razón por la que los longobardos se llaman así: «por las largas barbas que tenían» (*Coloquios*: 157) o la que anima a Juan de Valdés a hacer una pirueta, tanto del lado semántico como del etimológico, para explicar *sage*:

Sage por cruel he visto usar, pero yo no lo usaría, aunque al parecer muestra un poco más de crueldad el *sage* que el cruel y debe ser derivado de *sagax* latino (J. de Valdés, *Diálogo*: 207).

Sorprende menos que la pirueta la haga un estudiante, para explicar la voz *almástiga*:

... a muchos mandan los médicos mascarla para desflemar [...]; por eso se llama almástica, porque masticar es mascar (*Viaje de Turquía*: 312).

⁵ «Estos sabios se llamaban *magos*, es decir 'mayores' o 'grandes'».

Aunque Mateo Luján de Sayavedra supera a todos en imaginación al dar con el porqué de la palabra *infanzón*, si bien sirviéndose de nuevo de Jáuregui, el lacayo vizcaíno:

... la palabra *infanzón* significa en lengua tudesca y de los godos «la profesión, gajes y honra militar», porque *vaen fan* significa 'la bandera' y *zone* 'el hijo', y *ein* 'uno', y todos estos tres vocablos juntos hacen *infanzones*, con el cual nos muestran «el hijo o prohijado de la bandera»; y en la frasis de aquella lengua significa el soldado; no así cualquiera, sino el aventajado. Y de aquí vino que los infanzones siempre han sido más aventajados que los otros hidalgos ordinarios (M. Luján de Sayavedra, *Segunda parte*, II, cap. X: 186).

Comparada con esta explicación, no va a conmovernos Pedro Mexía con la suya para el «rey de la selva»:

¿Qué animal puede ser más poderoso y fuerte que el león, príncipe de todas las bestias y que por eso tiene este nombre? Porque, según algunos dizen, *leo*, en griego, quiere dezir *rey*; aunque, según otros, este nombre *leo* quiere dezir *ver* y, por ser este animal de excelente vista, tiene tal nombre (P. Mexía, *Silva*, I: 541)

Ni cuando se adentra por el origen de la palabra *ovación*:

Usábase también en Roma otra manera de rescibimiento solemne, que era menos que triumpho, a quien llamavan *ovación*; el qual se dava por las victorias, según dize Aulo Gelio, quando faltava alguna de las calidades que tenemos dicho que se requerían por el triumpho. [...] Llamábase ovación este rescibimiento, según Plutarcho, porque el sacrificio que aquel día el capitán hazía era oveja, y no toro, como el que triumphava; y de oveja, se decía ovación. Otros dizen que por la boz y aplauso *ohe* del pueblo tomó este nombre. En esto poco va; ello se llamava ovación, o sea por la oveja o por las bozes *ohe* o *ove* (*id.*: 209-210).

El propio Gracián explica, a medio camino entre su tendencia etimologizante y su capacidad para hacer juegos de palabras, las razones de voces como *sol* o *tirano*: «Llámase *sol* porque en su presencia todas las demás lumbreras se retiran; él *solo* campea»; «tal es el tiempo con propiedad, de *tirano*, pues que de todo *tira*» (J. M. Enguita 2001: 133); y de otras muchas más: «*corazón* [...] llámase así de la palabra latina *cura*, que significa cuidado, que el que rige y manda siempre fue centro dellos» (B. Gracián, *El Criticón*: 608 a); «Y añadió que con razón se llamó el rostro *faz*, porque él mismo está diciendo lo que haces y *facies* en latín, lo que *facies*» (*id.*: 592 a).

No pretendo hacer una antología del disparate etimológico, por lo que presentaré un par de ejemplos más del *Dioscórides* de Laguna, sólo para mostrar por medio de ellos que también se dispara sobre el origen de las palabras en campos ajenos a la literatura:

Como la relativa a la genciana [...] que habría recibido el nombre de Gentio, Rey de los esclavones, o la del polemonio, cuyo étimo se pone en relación con el griego *polemos* y se justifica de manera tan curiosa como inverosímil. Divertida es la que recuerda lo indigestos que resultan los madroños, como manifestaría su nombre latino, *unedo* (*arbutus unedo*), que Laguna lee como una recomendación de «comer solo uno». Hilarante verdaderamente es el étimo de ese parásito vegetal que es la *hierba tora* u orbanca, llamada de ese modo «porque luego que la vaca le come, va bramando y ardiendo a presentarse al toro» (A. Gómez Moreno 2000: 120).

2.2. *Los juegos*

Todo es posible cuando las condiciones de la realidad «font du langage la trace toujours rémanente d'un commencement aussi impossible à retrouver qu'à oublier». Esta afirmación de Michel de Certeau (1975: 61), escrita con otro propósito, podríamos aplicarla a la etimología, al menos hasta el nacimiento de la lingüística como disciplina científica, en la segunda mitad del siglo XIX. Porque antes

faltaban las condiciones metodológicas que permitieran romper con este tipo de explicaciones; por ello, todo era posible en materia etimológica: buscar las cartas de nobleza de una ciudad, de un apellido o de un idioma o simplemente tratar de sorprender al lector, según la capacidad imaginativa de cada uno. Y hasta tomarse las cosas a broma, a la manera en que Quevedo hace de los vizcondes «unos condes bizcos» o como Pérez Galdós se anima a jugar con alguien que pretende ser conde, recurriendo a una broma que ya había hecho don Francesillo de Zúñiga y está en la *Floresta española* de Santa Cruz: «¿Conque dice que es conde? Querrá decir que *esconde* algo...» (B. Pérez Galdós, *El caballero encantado*: 320). Son bromas parecidas a las de Juan Timoneda que se atreve a ilustrar el significado de *novela* de la siguiente manera:

Y así, semejantes marañas las intitula mi lengua natural valenciana *rondalles*, y la toscana, *novelas*, que quiere decir: «Tú, trabajador, pues no velas, yo te desvelaré con algunos graciosos y asados cuentos, con tal que los sepas contar como aquí van relatados, para que no pierdan aquel asiento ilustre y gracia con que fueron compuestos» (J. Timoneda, *El Patrañuelo*, «Epístola al amantísimo lector»: 41).

Tales juegos han tenido éxito en la literatura, en última instancia, por la convicción de que el recurso etimológico se aleja de lo racional, para apoyarse exageradamente en los fueros de la imaginación. Esto explica que Sterne pensara que:

La inestabilidad en los significados de las palabras [...] ha ofuscado a las mentes más preclaras y exaltadas (L. Sterne, *Tristram Shandy*: 138).

¿Cómo no iba a pensar esto, cuando muchas de las etimologías construidas en serio parece que se hubieran hecho en broma? Por ejemplo, en una gramática bilingüe se explica que: «Boticario se llama

en castellano por los botes, que tiene en la botica» o que «Máscara se dio en castellano destas dos palabras, más, y cara», (L. Franciosi-ni 1769: 434). ¿En qué se diferencia este calambur de la siguiente broma sobre el origen de la voz *gramática*?:

Se compone de *grama*, *gramae*, y *ago*, *agis*: y *agere grammam* quiere decir sacar grama: y como ésta sea una raíz ó yerba inagotable, y que se esparce mucho; de aquí se ha acomodado con toda propiedad este nombre á este arte ó ciencia (M. I. Vegas y Quintano 1790: 29).

Y lo que es más grave, no podemos decidir si basta para aceptar una etimología con que parezca razonable, como ocurre con las que cita Baroja. Unas no pueden pasar la aduana de la ciencia etimológica; es el caso de *golfo* 'pillo':

Es curioso que, al cabo de miles de años, en España se haya comenzado a usar la palabra *golfo* con un sentido de merodeador y de bárbaro, palabra que puede proceder del alemán *wolf* (lobo) (P. Baroja, «Pequeños ensayos»: 1011).

En cambio otras sí, y holgadamente, como *anguarina*:

Este gabán largo, que aseguran que primitivamente se llamaba húngarino, por proceder de Hungría, no tenía cuello ni señal de talle... (*id.*: 1079).

De ahí que la broma etimológica, en cuanto procedimiento estilístico, sea tanto más eficaz cuanto más increíble resulte, como increíble es la relación que se atribuye al *oro* y *orificio* en la boca de un médico, cuya oscuridad en la expresión se corresponde bien con sus opacos conocimientos:

Prosiguió el médico: «Dízenme que su Señoría está malo del orificio». El conde, que tenía estremado gusto de bueno, conciole

luego y preguntole: «¿Qué quiere dezir *orificio*? ¿Platero de oro o qué?». «Señor —dixo el doctor—, orificio es aquella parte por donde se inundan, exoneran y expelen las inmundicias interiores, que restan de la decocción del mantenimiento». «Declaraos más, doctor, que no os entiendo», dixo el conde; y el médico: «Señor, *orificio* se dice de *os, oris* y *facio, facis*, quasi *os faciens*, porque como tenemos una boca general, por donde entra el mantenimiento, tenemos otra, por donde sale el residuo». El conde, aunque enfermo, pereciendo de risa, le dixo: «Pues esse deste modo se llama en castellano —nombrándolo—, andad, que no soys buen médico, pues lo echáis todo en retórica vana [...]». Y yo creo cierto que es alivio para los enfermos que el médico hable en lenguaje que le entiendan, para no poner en cuidado al pobre paciente (V. Espinel, *Marcos de Obregón*: f.º 15 r.º y 27 r.º).

Los artilugios que nos rodean o, si se prefiere, que nos amenazan, propician, más aún que nuestro cuerpo, una versión irónica de la realidad; lo que sabe aprovechar Mairena:

El *automóvil* es un coche semoviente; el *ómnibus*, un coche para todos, sin distinción de clases. Se sobreentiende la palabra coche, sin gran esfuerzo por nuestra parte. Un *autobús* pretende ser un coche semoviente para uso de todos. Reparad en la economía del lenguaje y del sentido común en relación con los avances de la democracia. ¿Qué opina el oyente?

—Que la palabra *autobús* no parece etimológicamente bien formada. Pero las palabras significan siempre lo que se quiere significar con ellas. Por lo demás, nosotros podemos emplearlas en su acepción erudita, de acuerdo con las etimologías más sabias. Por ejemplo: *Autobús* (de *auto* y *obús*, del gr. *autós*: uno mismo, y del al. *haubitze*, de *aube*: casco), el obús que se dispara a sí mismo, sin necesidad de artillero (A. Machado, *Obras*: 555).

La broma puede conducir, en fin, a un novelista a montar una interpretación del mundo sobre bases etimológicas, como ocurre

con aquel zapatero filósofo de Pérez de Ayala, Belarmino, cuya capacidad deductiva nadie le negará:

Después de una revelación no poco difícil de interpretar, Belarmino había definido así aquellos tres términos: *metempsicosis* es lo mismo que intrínquilis indescifrable, lo incognoscible, *das ding an sich* de Kant, y viene de psicosis, o sea intrínquilis, y mete, introduce, esconde; meter intrínquilis en las apariencias sencillas. *Escolástico* es el que sigue irracionalmente opiniones ajenas, como la cola de los irracionales sigue el cuerpo. *Escorbútico* vale tanto como pesimismo, y viene de cuervo, pájaro sombrío y de mal agüero. ¡Era mucho hombre aquel Belarmino! (R. Pérez de Ayala, *Belarmino*: 172-173).

¡Cierto que era mucho hombre!

3. LA ETIMOLOGÍA AL REVÉS: LOS NOMBRES PROPIOS

Pero los seres humanos, más que indagar el origen de las palabras, solemos actuar con esa forma de etimologizar al revés que consiste en crearlas. Cuando esto acontece, buscamos que su aspecto se deduzca del referente al que apuntan, aunque no se suele llegar a excesos como los que cometía el padre de Tristram Shandy:

Sobre la elección de los nombres de pila mi padre se paraba a pensar mucho más de lo que las mentes superficiales puedan concebir. Su opinión al respecto era que existía una mágica correlación entre los nombres buenos y malos —como él decía— y los temperamentos y la conducta de las personas a las que se les imponían tales nombres (L. Sterne, *Tristram Shandy*: 106).

Estoy refiriéndome, como se habrá visto, a los nombres propios. Algunos nos parecen eufónicos, como me lo parecen a mí *Epifanta*

en español o *Francesc* en catalán; pero la eufonía no es el único criterio que solemos tomar en consideración para elegirlos, pues se pretende absorber, ocultos en los entresijos de la palabra, los atributos de un héroe apreciado, ya fuera Rolando u Oliveros, ya se trate de Kevin o de Jonathan. Lo cual, además, hace que obtengamos el aplauso de un grupo social donde tal elección se tomará como elegante. Actuar de bautistas –o de bautizadores– nos acerca un poco más a los dioses, pues, como ellos, podemos convertir la vida de los demás en un infierno. Nos lo daba a entender alguien cuya ausencia nos duele cada vez más a sus amigos, Francisco Tomás y Valiente:

Cuando naces, sin quererlo, y te bautizan, sin contar contigo, pueden ponerte en la pila Canuto o Mamerto, pongo por caso, y con tan discretos nombres te quedas para toda la vida (F. Tomás y Valiente 1996: 273).

Te quedas para toda la vida con ellos. Por eso no exageraba demasiado yo, al referirme al infierno, cuando he visto a alguien muy querido resignarse a diario con la carga de su nombre, *Crescenciano*, como se soporta un castigo inmerecido, frente a quienes pueden exhibir el suyo a diario, sin problema, por llamarse Eugenia o Marina; y no digamos nada cuando uno puede pasar desapercibido bajo un Carmen o un Miguel.

En la literatura, el nombre de los personajes adquiere sentido en el azaroso vivir que tienen éstos en una obra: don Juan Tenorio aparece en la escena literaria universal respondiendo a la pregunta de la duquesa Isabela: «¿Quién eres, hombre?»; y lo hace con: «Un hombre sin nombre»; nombre –e incluso apellido– que luego se convertirá en común, como ha ocurrido con muchos otros –un quijote, un otelo, una celestina, un hamlet, un romeo, un tarzán, un supermán, y hasta un sherlock holmes–. Pero puede ocurrir también que, como el paisaje, la designación de los personajes adquiera una clara función significativa, según acontece en el pasado con muchos de

los del *Asno de oro* (Apuleyo, *El asno de oro*: 122, n. 43) y en el presente con los apellidos de *Los pilares de la tierra* de Ken Follett, que hacen referencia a la profesión de los personajes. Entre uno y otro extremo, don Quijote hubo de dedicar cuatro días para dar con el nombre que le pudiera corresponder a su caballo:

Fue luego a ver a su rocín, y aunque tenía más cuartos que un real y más tachas que el caballo de Gonela, que *tantum pellis et ossa fuit*, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría; porque —según se decía él a sí mismo— no era razón que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido; y así, procuraba acomodársele de manera que declarase quién había sido antes que fuese de caballero andante, y lo que era entonces [...]; y así, después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer en su memoria e imaginación, al fin le vino a llamar *Rocinante*, nombre a su parecer alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fue rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo (M. de Cervantes, *Don Quijote*, I,1: 24).

No puede sorprender, en estas condiciones, que empleara el doble de tiempo en ponerse nombre a sí mismo:

Puesto nombre, y tan a su gusto, a su caballo, quiso ponérsele a sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino a llamar *don Quijote*; de donde, como queda dicho, tomaron ocasión los autores desta tan verdadera historia que, sin duda, se debía de llamar *Quijada* y no *Quesada* como otros quisieron decir (*id.*, I, 1: 42-43).

Tras lo que bautizó a su dama:

Llamábase Aldonza Lorenzo, y a ésta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos, y, buscándole nombre que no

desdijese mucho del suyo y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino a llamarla *Dulcinea del Toboso*, porque era natural del Toboso; nombre, a su parecer, músico y peregrino y significativo, como todos los demás que a él y a sus cosas había puesto (*id.*, I, 1: 44).

Nombre músico y significativo, como corresponde a la entrañable realidad construida por Alonso Quijano el Bueno.

3.1. *La dependencia del género literario*

Dotar de nombre a un personaje literario no es, sin embargo, tarea sencilla, debido, sobre todo, a la necesidad de que se adapte al género en que ha de aparecer. Lo sabía muy bien don Quijote cuando, decidido a seguir la vida pastoril, confiesa al cura y al bachiller:

... que él se había de llamar *el pastor Quijótiz*; y el bachiller, *el pastor Carrascón*; y el cura, *el pastor Curiambro*; y Sancho Panza, *el pastor Pancino* (M. de Cervantes, *Don Quijote*, II, 73: 1213).

A Sansón Carrasco le toca la metamorfosis de los nombres femeninos:

Si mi dama, o, por mejor decir, mi pastora, por ventura se llamare Ana, la celebraré debajo del nombre de *Anarda*; y si Francisca, la llamaré yo *Francenia*; y si Lucía, *Lucinda*, que todo se sale allá; y Sancho Panza, si es que ha de entrar en esta cofradía, podrá celebrar a su mujer Teresa Panza con nombre de *Teresaina* (*id.*, *ibid.*).

Era normal que el Caballero de la Triste Figura se riera de este *Teresaina*, que entraba claramente en el dominio de la parodia. Se había llegado demasiado lejos en este cambio de género en el que para transformar un romance morisco en pastoril bastaba, como decía Wolf:

Cambiar la *marlota* por el *pellico*, y cambiar Adulce y Gazul por Belardo y Lisardo, los cuales dirigían las frases amorosas que antes habían sido para *Zelindaja* y *Jarifa*, a la *querida* Belisa o a la *ingrata* Filis (*apud* A. Castro y H. Rennert 1969: 537).

Disfraz y nombre juntamente hacen que quien se llama Zaide en un romance morisco se convierta en Belardo en uno pastoril, que es el universo de Diana, Galatea, Timbrio, Tirsi, Damón; mientras que el de las novelas picarescas es el de Lázaro de Tormes, hijo de Tomé González y de Antona Pérez, y el de Pablos de Segovia, hijo de Clemente Pablo y de Aldonza de San Pedro, hija a su vez de Diego de San Juan y nieta de Andrés de San Cristóbal. Hemos visto que este Aldonza era el nombre real de la amada de don Alonso Quijano —hija de Lorenzo Corchuelo y de Aldonza Nogales—, como también el de la Lozana andaluza, la cual, cuando se retira a la isla de Lípári, lo sustituye por Vellida, por huir del marchamo campesino de Aldonza (F. Delicado, *La Lozana*: 250).

Están bien delimitados, por tanto, los nombres rurales y los del idealizado mundo campesino de los relatos pastoriles. De este último pasaron al teatro: en él proliferó el de *Diana*, para designar a quienes estaban caracterizadas como desamoradas, en tanto que imitadoras de la diosa casta y desdeñosa: así Lope llama Diana a la condesa de Belflor en *El perro del hortelano* y a la protagonista en *La boba para los otros y discreta para sí*; del mismo modo que en *El desdén, con el desdén*, de Agustín Moreto, deudor de *El perro del hortelano* (R. Navarro Durán 2001: 22), aparece de nuevo Diana, de manera que Marc Vitse (1998: 542) ha podido referirse al «complexe de Diane» en el teatro español del Siglo de Oro.

Pero también del campo saltaron a la escena en una de las piezas más importantes de Lope de Vega nombres como el del labrador *Pedro Peribáñez*, que se tomó, según indica don Marcelino Menéndez Pelayo, de la *Crónica del rey don Enrique Tercero de Castilla e de León* (*Crónicas de los reyes de Castilla*: II, 259), relación que adaptó así, poniéndola en boca de Leonardo, el criado del Comendador:

... y el mayor Adelantado
de Castilla, de quien basta
decir que es Gómez Manrique

[...]

los oidores del Audiencia
del Rey, y que el reino amparan:
Pero Sánchez del Castillo,
Rodríguez de Salamanca
y Peribáñez ...

Llegado aquí, el Comendador lo para, diciendo:

«Detente.

¿Qué Peribáñez? ...

(L. de Vega: *Peribáñez*, Acto II, vv. 2154-2164: 110-111).

Ese nombre a secas, que aparece así ya en la crónica citada, perdido entre los Gómez Manrique, Pero Sánchez del Castillo o Rodríguez de Salamanca, le permite al dramaturgo crear un labrador, en franco contraste con el comendador don Fadrique.

Por el nombre podemos saber si un personaje de una obra dramática es criado o señor, como ocurre con opciones como las de Segismundo o Clarín, Don Manuel o Cosme. Incluso en *El sí de las niñas*, Rita, Simón y Calamocha son criados, mientras don Diego, doña Irene, doña Francisca y don Carlos son señores. Tampoco se ha de equivocar nadie con las etiquetas tan marcadas por medio de las que Calderón designa a los graciosos: Chato, Juanete, Pasquín, Morlaco, Chichón, Sabañón, Luquete... Cervantes, por su parte, elige nombres cómicos, del tipo de Chanfalla, la Chirinos, Benito Repollo (alcalde), Juan Castrado (regidor), Pedro Capacho (escribano), en el *Entremés del retablo de las maravillas*; pero incluso en el *Persiles* se funden la comicidad con la rusticidad cuando salen dos alcaldes campesinos, Pedro Cobeño y Tozuelo. Se cumple, así, por una parte, la igualación entre rústico y torpe o vulgar, y se hace

paralelamente una alabanza implícita a la educación como remedio contra la rusticidad. El mismo procedimiento se sigue para la construcción del mundo de los rufianes: Trampagos, Vademecum, Chiquiznaque, Repulida, Pizpita, Mostrenca, que aparecen en el *Entre-més del rufián viudo, llamado Trampagos*, y son tan aclaradores de la situación social en que se encuentran como lo hubiera sido que mostraran un chirlo en el rostro.

Incluso el ámbito de ficción de las novelas de caballerías, ya desfasado, al que se acerca Cervantes, mantiene, con respecto a los nombres, unos fueros que don Quijote conoce bien: en un momento en que iban a chocar dos grandes ejércitos —dos rebaños de carneros en la realidad— ve una serie de personajes que son designados de una forma que no deja ningún lugar a dudas, ni del género épico en que se inscriben ni de la ironía de quien es capaz de crearlos: Laurcalco, señor de la Puente de Plata; Micocolemo, gran duque de Quirocia; Brandabarbarán de Boliche, señor de las tres Arabias; Timonel de Carajona, príncipe de la Nueva Vizcaya —que lleva en el escudo un gato de oro en campo leonado, con una letra que dice *Miau* por Miulina, hija del duque Alfeñiquén del Algarbe—; Pierres Papín, señor de las baronías de Utrique; Espartafilardo del Bosque que trae por empresa en el escudo una esparraguerra, con una letra en castellano que dice así: «Rastrea mi suerte» (M. de Cervantes, *Don Quijote*, I: 190-191).

3.2. *Permanencia, cambio y despersonalización en los nombres propios*

Por diversos caminos va confeccionando la literatura su propio santoral, con estos peculiares signos lingüísticos que son los personajes de ficción. Si éstos adquieren un sentido en el contexto, luego la historia destaca unos cuantos de ellos, convirtiéndolos en verdaderos conceptos generalizados —es decir, en significados— dentro del proceso de exteriorización que acaece en la creación artística.

Cuando esto sucede, el nombre de un personaje libresco —don Quijote, por ejemplo, significativo en principio sólo en la trama concebida por un autor— llega a condensar el sentido de la obra en que aparece, al pasar a ser un hecho literario (Vygotsky, *apud* A. Kozulin: 27).

De los demás, unos permanecen fijados tal y como habían sido concebidos en su primer momento, pero sin adquirir el carácter de arquetipos, como sucede con esa *Preciosilla*, que tiene el mismo nombre que la Gitanilla de Cervantes y está en el aguaducho del tío Paco templando una guitarra, en el *Don Álvaro o la fuerza del sino* del Duque de Rivas; o con la *Preciosa* con que Lorca designa a la gitana que aparece en el segundo romance del *Romancero gitano*. Otros no resisten el paso del tiempo, ni siquiera el que se sucede en el acto mismo de la creación literaria, como le pasa a quien es objeto de la siguiente broma de Calderón:

Yo conocí un tal por cual,
Que a cierto conde servía,
Y *Sotillo* se decía.
Creció un poco su caudal:
Salió de mísero y roto,
Hizo una ausencia de un mes:
Conocile yo después;
Y ya se llamava Soto.
Vino a fortuna mayor
(Era su nombre de gonces):
Llegó a ser rico, y entonces
Se llamó Soto-mayor
(P. Calderón, *El ingrato*, *apud* B. J. Gallardo 1835: 69).

Pero el cambio puede serlo sólo de registro, como el que se da en el juego tan sencillo y expresivo a que se dedica Lope, trastocando los usos en las *Rimas de Tomé de Burguillos*, llamando al cantor *Tomé* y *Juana* a su amada, en burla con los nombres «literarios» de

los poemas amorosos que utiliza él mismo, aunque en ese caso lo hubiera hecho con la intención de encubrir bajo ellos los reales:

Celebró de Amarilis la hermosura
Virgilio en su bucólica divina,
Propercio de su Cintia, y de Corina
Ovidio en oro, en rosa, en nieve pura;
Catulo de su Lesbia la escultura
a la inmortalidad pórvido inclina;
Petrarca por el mundo, peregrina,
constituyó de Laura la figura;
yo, pues Amor me manda que presuma
de la humilde prisión de tus cabellos,
poeta montañés, con ruda pluma,
Juana, celebraré tus ojos bellos:
que vale más de tu jabón la espuma,
que todas ellas, y que todos ellos
(L. de Vega, *Obras poéticas*: 1338).

Cervantes no reduce al *Quijote* la caracterización de sus personajes por medio de la etimología de sus nombres; también actúa así en el *Persiles* y de una manera consciente, como lo prueba que en esta última novela el ayo del protagonista, Serafido, al referirse a él diga:

Persiles, que este nombre le adquirió la crianza que en él hice (M. de Cervantes, *Persiles*: 716).

Los nombres parecen en esta obra un disfraz de la vida de sus protagonistas. De hecho, *Persiles* se llama Periandro —personaje de la *Historia de los amores de Clarea y Florisea*, de Alonso Núñez de Reinoso— a lo largo del relato, y sólo tras su peculiar peregrinación a Roma recobra su papel —cambiándose de hermano en enamorado— y con él su nombre *Persiles*, a la vez que Auristela recobra el suyo, Sigismunda. Al recurrir a *Periandro*, posiblemente Cervantes pensara



en una cierta relación —con la de Andrenio o Andrés— con ‘hombre’ (cf. B. Gracián, *Agudeza*: 44), mientras que en su sustituto Persiles debía estar patente *sileo* ‘callar’. Igual que en Sigismunda (cf. *sigillum*), añadía además el recuerdo de *munda* ‘limpia’; ésta, cuando era aún *Auristela*, podía ser interpretada siguiendo las pistas de *auris* ‘oído’ y posiblemente de *telum, i*, ‘espada, flecha, arma arrojadiza’, quizá porque podía seducir con su hermosura y desengañar hablando, siguiendo los pasos de la pastora Marcela, quien al referirse a su propia belleza y a sus palabras, afirmaba:

Fuego soy apartado y espada puesta lejos. A los que he enamorado con la vista he desengañado con las palabras (M. de Cervantes, *Don Quijote*, I, 14: 154).

Es como si todo sirviese para la exaltación del silencio en una obra en la que precisamente al final se hace un elogio de él, cuando *Auristela* se lamenta de haber hablado y dice:

Mientras callé, en sosiego estuvo mi alma; hablé y perdile (M. de Cervantes, *Persiles*: 709).

Los dramaturgos han de defenderse del cambio, buscando que las designaciones dadas a las personas se adapten a distintas situaciones, como hace Lope en *El perro del hortelano*, al bautizar al secretario, criado por el momento, pero que al final ha de casarlo con la condesa; de ahí que diera con la solución de *Teodoro*, el mismo de su fuente boccacesca, con el que llama así también al hijo raptado del conde Ludovico, a quien convence el gracioso Tristán de que aquel no es otro que el secretario de la condesa. Lope, que se inventa una anagnórisis, juega con la coincidencia de los nombres que está a su disposición, adaptándolos al desarrollo que le conviene de la trama. Logra así solucionar el conflicto, manteniendo genialmente esa falsedad, para que, siendo noble Teodoro, pueda casarse con él la condesa.

Pero por encima de la permanencia o cambio de los nombres está el desapego de la persona que los lleva, capaz de sustituirlos por otros. Aquí surge el comienzo de un recorrido hacia la despersonalización, connatural con la literatura. Pero tal proceso de «desrealización» se logra también, como hace Gracián, construyendo «falsos» nombres, con los que unos personajes a los que se ha hecho renunciar a vivir y a ser personas pasan a ser arquetipos, como *Falsirena*, *Felisinda* o *Hipocrinda*. Algo recuerda esto al *Persiles*, por el que está influido el escritor aragonés, también en bautizar con nombres «significativos» a los protagonistas de la peregrinación alegórica de *El Criticón*: Andrenio y Critilo (el hombre natural, el juicioso), puntos de vista más que seres auténticos, que, mientras se vacían de existencia, van reforzando su valor simbólico, hasta quedarse en meros conceptos. Aparecen en el *Persiles* un padre e hijo, llamados ambos Antonio y complicando así la tarea a Cervantes, que se ve obligado a precisar en cada caso si se trata del mozo o del padre; el jesuita lo soluciona llamándolos de forma distinta, aunque luego, como necesitaba que los dos fueran de la misma edad para que entraran a la vez en la vejez –Vejecia– y muerte, hubo de recurrir a decir que eran más o menos uno mismo: «otro yo» le llama Critilo a Andrenio.

Hay, ya lejos del Barroco, otra manera de despersonalización de los papeles que representan los personajes, particularmente en las obras teatrales, que no conducen a los conceptos, sino que se quedan en los «tipos»: García Lorca da a la protagonista de una de sus obras el nombre inexistente de *Yerma*; con él hace convivir a otros personajes, que lo son por antonomasia de su función, como María, la madre, o Juan, el marido; éstos y muchos más, como las *cuñadas*, *muchacha primera*, etc., ahuyentan la vida propia que pudiera existir fuera de su papel teatral. Del mismo modo Mihura, con fines muy distintos, busca sobre todo tipos, alternando en *Tres sombreros de copa* «el guapo muchacho», «el anciano militar» o «la mujer barbuda» con personas como Dionisio, Paula, o los que en gran parte de España sorprenden, aplicados a hombres, como don Sacramento

o don Rosario. Aunque ya Quiñones de Benavente, en el *Entremés del Gorigori*, había inventado a «don Estupendo» o a «don Melidoto», junto a «un criado», «tres mujeres» y «unos sacristanes» y en el de *Las civilidades*, al doctor Alfarnaque, al que viste «con anteojos, sombrero de halda grande, ropa negra y guantes doblados» (Q. de Benavente, *Entremeses*: 503-504).

3.3. *El nombre como motor de la acción novelesca: Galdós*

La insulsa, apasionante o triste vida de muchos de los personajes de las obras de ficción se desenvuelve en un mundo peculiar de la literatura presidido por la fatalidad. Como una consecuencia de ésta, muchos nacen con un significado previo que condicionará el sentido de su vida a lo largo de una obra, aunque a veces los signos pueden hacernos equivocar, como ocurre cuando la madre de Tristana bautiza a su hija llevada por la pasión que sentía por el Tristán de las comedias. El narrador habla en el capítulo tercero de Josefina, la viuda de Reluz y madre de Tristana:

Adoraba el teatro antiguo, y se sabía de memoria largos parlamentos de *Don Gil de las calzas verdes*, de *La verdad sospechosa* y de *El mágico prodigioso*. Tuvo un hijo, muerto a los doce años, a quien puso el nombre de Lisardo, como si fuera de la casta de Tirso o Moreto. Su niña debía el nombre de Tristana a la pasión por aquel arte caballeresco y noble, que creó una sociedad ideal para servir constantemente de norma y ejemplo a nuestras realidades groseras y vulgares (B. Pérez Galdós, *Tristana*: 23).

La madre actúa con la convicción de que sus deseos se han de convertir en realidad, sin reparar en que por encima de ella está la decisión del demiurgo que ha concebido la novela relacionando el nombre de la protagonista con su triste vida. La propia Tristana se lo explica a Horacio, su amante:

A veces se me ocurren ideas tristes; por ejemplo, que seré muy desgraciada, que todos mis sueños de felicidad se convertirán en humo. Por eso me aferro más a la idea de conquistar mi independencia y de arreglármelas con mi ingenio como pueda (*id.*: 118).

Y vuelve a repetírsele cuando Galdós, para cumplir la fatalidad contenida en la etimología de *Tristana*, decide cortarle las alas dejándola coja. Se entrevé en las palabras que la triste mujer comunica por carta a Horacio:

Es que estoy muy triste, muy desalentada, y la idea de andar con muletas me abruma. No, yo no quiero ser coja. Antes... (*id.*: 152).

Con los nombres propios añade Galdós una capa significativa más a sus novelas, orientando al lector sobre el destino que aguarda a quienes los llevan. ¿Qué podían hacer contra su estrella etimológica los huéspedes que don Juan Crisóstomo recibió en la playa de Castro, tras el naufragio del *Britannicus*? Esto ocurre en una novela que Galdós no llegó a rematar: *Rosalía*, y esos huéspedes se llaman Miss Sherrywine «solterona y marimacho de cincuenta años [...] inteligente en vinos y toda clase de licores» (*id.*: 54 y ss.), cuyo exquisito gusto en esta espirituosa materia sería probado más adelante (*id.*: 57-58); Mister Trifles: «anticuario, rebuscador de vasijas, trozos de mosaicos, manuscritos, objetos prehistóricos, retazos de sepulcros, relicarios y demás preciosos objetos...», cuyo significado aclara el propio novelista en una nota en el manuscrito: «Baratijas» (*id.*: 55); Mister Pimp y su esposa Mistress Pimp, «ambos tan pequeños que parecían enanos» (*id.*: 55). ¿Se sorprenderá el lector de que se presente más adelante a Pedro Picio como «un joven [...] de extrema fealdad» (*id.*: 237)?

Pocas dudas pueden quedar sobre la dureza de una novela cuyo título es *Torquemada en la hoguera*, que además empieza: «Voy a contar cómo fue al quemadero el inhumano que tantas vidas infelices

consumió en llamas...», por más que la hoguera y el inquisidor lo sean en esta obra en sentido figurado. Del mismo modo quien lea *La desheredada* y se tope allí con don José de Relimpio no pensará que se llama así por casualidad:

A la mano se viene ahora, reclamando su puesto, una de las principales figuras de esta historia de verdad y análisis. Reconoced al punto el original del retrato exacto y breve trazado con tanta destreza por Isidora. El bigotito de cabello de ángel, de un dorado claro y húmedo; los ojos como dos uvas, blandos y amorosos; la cara arrebolada, fresca y risueña, con dos pómulos teñidos de color rosa, marchita; el mirar complaciente, la actitud complaciente, y todo él labrado en la pasta misma de la complacencia (barro humano, del cual no hace ya mucho uso el Creador), formaban aquel conjunto de inutilidad y dulzura, aquel ramillete de confitería, que llevaba entre los hombres el letrado de José de Relimpio y Sastre, natural de Muchamiel, provincia de Alicante (B. Pérez Galdós, *La desheredada*: 177).

Uno de los más siniestros personajes galdosianos lleva el apellido de «Pez»; es uno de los miserables que contribuyen a la destrucción de *La de Bringas*. En el capítulo duodécimo de la primera parte de *La desheredada* —«los peces (sermón)» (219-231)— se remonta el novelista irónicamente hasta el Génesis, para situar en el momento de la creación de las aguas la aparición de esta especie corrupta con la que entroncaba don Ramón del Pez, que se había hecho:

Indispensable en las comisiones, necesario en las juntas, la primera cabeza del orbe para acelerar o detener un asunto, la mejor mano para trazar el plan de un empréstito, la nariz más fina para olfatear un negocio, servidor de sí mismo y de los demás, enciclopedia de chistes políticos, apóstol nunca fatigado de esas venerandas rutinas sobre que descansa el noble edificio de nuestra gloriosa apatía nacional, maquinilla de hacer leyes, cortar reglamentos,

picar ordenanzas y vaciar instrucciones, ordeñador mayor por juro de heredad de las ubres del presupuesto [...], más que un hombre es una generación, y más que una persona es una era, y más que un personaje es una casta, una tribu, un medio Madrid, cifra y compendio de una media España (*id.*: 219-220).

Virtudes a las que se añade el mantenimiento de uno de los peores defectos de los españoles, el despecho:

Todos los Peces, confirmando la antigua idea de que en España el despecho es una idea política, se alegran de las ventajas de los carlistas (*id.*: 299).

Es éste un mundo obsesivo conformado por una redupidísima de parientes, que da lugar a «una infinita familia de los Peces» (*id.*: 221), en esta especie de arca de Noé a la inversa, donde caben funcionarios, militares, magistrados, promotores fiscales, obispos, capataces, recaudadores de contribuciones, empleados de Sanidad, vistas de Aduanas, inspectores de Consumo, jefes de Fomento, oficiales cuartos, séptimos y quincuagésimos de Gobiernos de provincia. Especie de depredadores que cada vez se extiende más:

... el número era tal que ya no se podía contar. Invoquemos el texto divino: *Crescite et multiplicamini, et replete aguas [sic] maris* (*id.*, *ibid.*).

A la que Augusto Miquis llega a situar así en el orden zoológico:

Sacó la clasificación siguiente: Orden de los *malacopterigios abdominales*. Familia, *barbus voracissimus*. Especie, *remora vastatrix* (*id.*: 222).

Voraces con los demás, ciertamente, pero bien dispuestos a ayudar a los miembros de la tribu:

Introduzcámonos en el hogar Pez; nademos un momento en el agua de esta redoma de felicidad, donde brillan las escamas de plata y oro de este matrimonio dichoso y de esta prole dichosísima (*id.*: 223).

El apellido llega en este caso a condicionar el aspecto de la persona que lo lleva:

Algunos tenían con él parentesco, es decir, que eran algo Peces. En el Gobierno provisional tampoco le faltaban amistades y parentescos y dondequiera que volvía mi amigo sus ojos, veía caras pisciformes (B. Pérez Galdós, *La de Bringas*: 304).

A la vez que se convierte en nombre común, referido a unos seres cuya voracidad hace que les resulte estrecho el medio en que viven:

España, que no es más que una pecera. Somos aquí muchos peces para tan poca agua (B. Pérez Galdós, *El caballero encantado*: 85).

Y crea una nueva acepción con el significado de 'ganancia':

... mientras en el agua corrompida no vean los Gaitanes peces, quiero decir negocio (*id.*: 248).

Se entiende que con este vigor significativo de la palabra *pez* en el léxico de Galdós, se llegue a contaminar el propio adjetivo *ictíneo* de una connotación negativa:

... donde fácilmente se limpiarían de aquella piel ictínea, pues no era decente presentarse en el mundo como escapados de un *acuarium* (*id.*: 337).

No es, sin embargo, Pez el único personaje pluriempleado en distintas novelas galdosianas; *Senén* se pasea también con su aire

sinistro en *El abuelo* y en *Misericordia* (B. Pérez Galdós, *Misericordia*: 78); y nos topamos con un médico, importante en la trama de *Marianela*, que actúa en varias obras más. Se presenta a sí mismo con lo que podríamos llamar ironía «etimológica», al buscar un origen inglés a su apellido Golfín, tan fácil de explicar desde el castellano; aunque se justifica esta huida a otra lengua por el deseo de sentirse lo más ajeno posible al duro terruño en que se encuentra:

Yo creo que los Golfines, aunque aparentemente venimos de maragatos, tenemos sangre inglesa en nuestras venas. Yo lo descompondría de este modo: *Gold*, oro...; *to find*, hallar... Es como si dijéramos buscador de oro... He aquí que mientras mi hermano lo busca en las entrañas de la tierra, yo lo busco en el interior maravilloso de ese universo en abreviatura que se llama el ojo humano (B. Pérez Galdós, *Marianela*: 83).

Del terruño es, en cambio, la pobre Canela, a la que los lugareños la llaman con la forma truncada, Nela. Y no sabemos si ella se queja o se resigna cuando, con la mayor naturalidad, le espeta al médico: «Dicen que éste es nombre de perra» (B. Pérez Galdós, *Marianela*: 30).

El recurso a la etimología no termina en la elección de nombres de persona, sino que sirve también para explicar los lugares en que se desarrolla la acción de una novela:

Ficóbriga, villa que no ha de buscarse en la geografía [...]. Silvestres zarzas cercan una y otra heredad, y madre selvas llenas de aromáticas manos blancas, árgomas espinosas, enormes pandillas de helechos que se abaniquen a sí mismos, algunos pinos de verde copa y multitud de higueras, a quienes sin duda debe su nombre Ficóbriga (B. Pérez Galdós, *Gloria*: 515 a y b).

No le costó mucho a Teodoro Golfín colaborar con el novelista para bautizar *Villafangosa*:

allá detrás de mí, queda esa apreciable villa a quien yo llamaría *Villafangosa* por el buen surtido de lodos que hay en sus calles y caminos (B. Pérez Galdós, *Marianela*: 8).

Y no es preciso esforzarse demasiado para suponer cómo debía ser el apeadero de *Villahorrenda*, donde baja del tren don José de Rey, cuando va a visitar a su tía (B. Pérez Galdós, *Doña Perfecta*: 69), «que parece ha recibido al mismo tiempo el nombre y la hechura» (*id.*: 74).

Sin embargo, el novelista puede mantener una distancia irónica con la realidad, haciendo entonces que las cosas sean aún peores de lo que parecen:

¡Cómo abundan los nombres poéticos en estos sitios tan feos! Desde que viajo por estas tierras me sorprende la horrible ironía de los nombres. Tal sitio, que se distingue por su árido aspecto y la desolada tristeza del negro paisaje, se llama Valleameno. Tal villorrio de adobes, que miserablemente se extiende sobre un llano estéril y que de diversos modos pregona su pobreza, tiene la insolencia de nombrarse Villarrica; y hay un barranco pedregoso y polvoriento, donde ni los cardos encuentran jugo, y que, sin embargo, se llama Valdeflores (*id.*: 73).

Aunque la fuerza que adquiere la realidad construida por el novelista origina que lo irónico termine convirtiéndose en dramático, como en el caso de *Orbajosa*, donde sucede la acción de *Doña Perfecta*. Este nombre explicado en broma, como «corrupción de *Urbs augusta* [aunque] parece un gran muladar» (*id.*: 83), «si bien algunos eruditos modernos, examinando el *ajosa*, opinan que este rabillo lo tiene por ser patria de los mejores ajos del mundo» (*id.*: 194), al ser la tenebrosa guarida de unas peligrosas alimañas con apariencia de personas, termina convirtiéndose en el paradigma de la villa incapaz de dar el menor paso hacia el futuro. No es una casualidad que *Clarín* eligiera el nombre de *Vetusta* para la heroica ciudad que dormía la siesta.

Hay una novela de Pérez Galdós construida sobre cimientos etimológicos, *El caballero encantado*, donde se presenta una visión noventayochista de la historia de España, si bien aderezada con algunas bromas históricas, para hacerla más digerible. El intermediario en que se apoya el novelista es un estudioso de los libros de Becerro: Becerro, cuyo «apellido era una predestinación» (*id.*: 83) y cuya vida «toma jugo de la pura erudición» (*id.*: 321). También debía estar predestinado alguien que «alegra la vida», aunque por antífrasis, llamándose Bálsamo (*id.*: 94) o José Mantecón, que «ponía gran empeño en mostrar un genio absolutamente contrario a su apellido» (*id.*: 161). Con estos y otros muchos nombres de persona y lugar organiza don Benito Pérez Galdós una red de etimologías en las que acierta, cuando le conviene, como con «Clunia, la ciudad romana que está soterrada en un poblacho que llaman Coruña del Conde» (*id.*: 191) o con *Hispalis* o *Gades* (*id.*: 201); pero cuando no le interesa acertar, enlaza con el tipo de pensamiento etimológico del Siglo de Oro y explica Suárez a partir de Asur (*id.*: 83), *Osmá* de *Hotzema* (*id.*: 138), «*Graecuris*, nombre que pasando como canto rodado por bocas de godos, árabes y cristianos, vino a ser Ágreda» (*id.*: 160), se burla de «los *pelendones*, donde hicieron asiento [unas hetairas], vulgarizando el nombre de *pilindongas*» (*id.*: 201), y atribuyendo la culpa a Becerro, explica que «la ciudad que yace debajo de Numancia es una de las que Gerión, natural de Caldea, fundó en esta comarca, ocupada siglos después por los *arévacos*... Y aquí fue donde los hijos de Gerión mataron, como ustedes saben, a Trifón, hermano de Osiris» (*id.*: 202) y continúa con Atlas o Hespero, Gágoris, rey de los Curetos (*id.*: 204).

4. OTRA FORMA DE ETIMOLOGÍA AL REVÉS: LA CREACIÓN DE APELATIVOS

Junto a estos actos creativos que llevan a los escritores a dotar a un nombre propio de contenido, lo normal es que, ya fuera del

marco de la literatura, los apelativos nos inviten a desafiar la arbitrariedad de los signos lingüísticos, no siempre con fortuna.

4.1. *El momento de la creación*

Cada tiempo tiene su afán y éste condiciona el modo como se crean tecnicismos: en la actualidad intentamos facilitar la comprensión de una misma realidad desde distintas lenguas, lo que origina que aterricen en la nuestra –como en muchas otras– palabras como *meme*, *modem*, *moletrónica*, *nimby*, *quiral*, *robótica*, *start-up* y hasta *logoteta*; mientras que antes se pretendía hacer inteligibles los neologismos, recurriendo a construcciones –por poner ejemplos de la medicina– del tipo de «cuello de búfalo», «olor a paja mojada» o «diarrea en agua de arroz».

Aunque los tiempos estén muy revueltos, no se encuentran demasiadas justificaciones para que en las creaciones menos técnicas se calquen obsesivamente las formaciones creadas en otras lenguas; pero eso no significa que uno pueda hacerse ilusiones sobre la posibilidad del triunfo de lo razonable. Arturo Capdevila no logró impedir que prendiera *fuerzas de choque* en nuestra lengua, a pesar de que:

Procedían de la pura y simple versión literal [...], de la forma inglesa *shock-troops*, que si ha de traducirse a buen castellano se hará poniendo tropas escogidas, y no de choque, ya que para nuestro idioma todas lo son (A. Capdevila 1967: 133).

Sus preveniciones no impidieron que entraran estas fuerzas en el *Diccionario académico* poco después, en el apéndice a la edición de 1970. Y supongo que terminarán colándose, si Dios no lo remedia, formaciones que resultan mucho más imprudentes que ésta. Una que nos ha venido no ya de una lengua determinada, sino impuesta por la jerga comunitaria, que en nuestra lengua va contra los dictados de la lógica, tal y como muestra Rafael Sánchez Ferlosio:

Esta reciente fórmula de llamar *cohesión social* a lo que en otros tiempos, no importa si con un exceso de buena voluntad, se designaba como *concordia social*, no deja de ser sintomática de la renunciataria aceptación de la actual pasivización y reificación de las personas, en la medida en que *cohesión* connota áridos inertes unidos por un pegamento externo, como las piedras en el hormigón adheridas o *cohesionadas* entre sí por la argamasa de cemento. En relación con las personas, tal argamasa externa bien podría ser esa impostura de la *identidad nacional* [...]. *Concordia* alude a sujetos vivientes y se correspondería con *amistad*; *cohesión* alude a objetos inertes y se correspondería con *unidad* (por ejemplo *unidad nacional*) (R. Sánchez Ferlosio, *El país*, 13.1.98: 13-14).

Otras formaciones se justifican menos aún, como el calco de *señores de la guerra*, salvo que queramos dotar de aire más épico a los que son meros funcionarios contra la paz, en forma de comandantes o caudillos, o esa otra barbaridad *tanques de pensamiento*, a los que hay que reconocerle mucha más fuerza que la que puedan tener los insípidos comités asesores. Estas creaciones disparatadas se explican por la precipitación con que nos apropiamos de los términos ajenos, mostrando en ello unos cánones estéticos más cercanos al *Pokémon* —ya no me atrevo a referirme a «Hazañas Bélicas»— que a los del Ariosto. ¿Nos va a sorprender que esto suceda en una sociedad en la que el prestigio no emana del rigor con que se conciben las cosas, ni amengua por el apresuramiento con que se montan? Una sociedad que además se permite el lujo de vivir de espaldas al magisterio de los escritores, que han de rivalizar con quienes escribieron en el pasado, para enseñarnos a innovar en los usos, pero conservando, como en un palimpsesto, un diálogo con las palabras que inventaron sus predecesores (G. Steiner 1996: 149-150; 120,-121).

Nunca ha sido tan necesaria como hoy la mediación de los poetas, dramaturgos y novelistas, porque nunca como hoy han tenido tanto poder los magos del pensamiento apresurado. Para innovar deberíamos fijarnos en los experimentos de los buenos escritores.

Son los que pueden enseñarnos a evitar las falsas monedas puestas apresuradamente en circulación, a las que le damos el valor que nos conviene, tan distinto al que realmente tienen. El remedio suele estar en gustar de las cosas, no en adherirse precipitadamente a una novedad, por el hecho de serlo. Exactamente lo contrario de lo que ha ocurrido entre nosotros, por ejemplo, con el éxito de *estructura profunda* en nuestra sociedad, totalmente ajeno al uso técnico con que se empleaba en un determinado modelo lingüístico:

When Chomsky introduced the terms in the behaviorist climate of the early 1960s, the reaction was sensational. Deep structure came to refer to everything that was hidden, profound, universal, or meaningful, and before long there was talk of the deep structure of visual perception, stories, myths, poems, paintings, musical compositions, and so on. Anticlimactically, I must now divulge that «deep structure» is a prosaic technical gadget in grammatical theory (S. Pinker 1995: 120).

4.2. *Los roces de la historia*

Muchas creaciones léxicas actúan como si de paracaidistas que se hubieran arrojado sobre nuestra lengua se tratase, para adaptarse luego a las condiciones de existencia de los demás elementos, lejos ya del momento mágico de su adopción. Si bien en la convivencia con ellos pueden darse algunos problemas de integración, son los que dan lugar a la etimología popular, a la que me referiré sirviéndome de un par de ejemplos cultos.

4.2.1. Dintel

El primero de ellos tiene una larga historia, por otro lado fácil de comprender, en la que se ha trastocado el significado de dos palabras complementarias: *dintel* y *umbral*; y todo porque se ha llegado a creer erróneamente que esta última voz tenía algo que ver con el latín *umbra*. De ahí se ha inducido que si *umbral* hacía referencia a

la parte de la entrada de una casa donde da la sombra, que es el significado de *dintel*, éste debería de ocupar el de umbral. Se ha señalado tal confusión en varios lugares de Aragón (R. M. Castañer Martín 1990: 94-96), Ricardo Senabre la ha criticado en escritores, como Ramón Serrano, Ignacio Vidal-Folch y Ángela Vallvey (*Abc cultural*, 26.3.93: 10; 1.3.96: 10; *El cultural* [de *El mundo*], 13.2.2002: 13) y han tropezado en esta misma piedra algunos traductores. Entre ellos don Matías de Velasco y Rojas, Marqués de Dos Hermanas, quien en el acto I, escena 5ª de su traducción de *Julietta y Romeo* –este exquisito caballero rompió con el que, dejándonos llevar por la pereza, podríamos denominar «binomio irreversible», en que *Romeo* va delante de *Julietta*– hace que la joven pregunte si el hijo de Tiberio es «el que pasa ahora el dintel de la puerta»; el propio don Rufino José Cuervo se arrepentía de haber cometido esta misma equivocación al traducir un texto de Lord Byron (1987: § 621: 637-639); y he encontrado en una novela recién traducida, que he citado antes: «Ella cruzó los brazos y se apoyó en el dintel» (Ph. Kerr 2001: 135).

No es éste, de todas formas, un hecho grave o, al menos, no tiene la gravedad de aquellos disparates que se toman como un mal del siglo, cuando comprobamos que ya don José Zorrilla explicaba por boca de la abadesa una difícil postura de doña Inés:

Dichosa mil veces vos
Dichosa, sí, doña Inés,
que no conociendo el mundo
no le debéis de temer.

¡Dichosa vos, que, del claustro
al pisar en el dintel,
no os volveréis a mirar
lo que tras vos dejaréis!

(J. Zorrilla, *Don Juan*: vv. 1446-1453).

Un anotador del autógrafo del *Don Juan Tenorio* que se conserva en la Real Academia Española hace el siguiente comentario irónico al verso 1451: «muy alto y en muy mala posición pisó». No es éste, sin embargo, un error pasajero, sino abundante en obras suyas. Así se repite en «El desafío del diablo»:

Jamás de su parte
se quiso poner,
ni de su convento
traspuso el dintel

durante su larga
dolencia cruel:
dijeran que el mozo
su sangre no es

(J. Zorrilla, «El desaffo del diablo»: 847).

Y en la leyenda «La pasionaria»:

Nacida en el dintel de su ventana,
y en medio de sus góticas labores,
dijeran que la flor salfa ufana
a ser vista no más de sus señores
(J. Zorrilla, «La Pasionaria»: 649).

Más adelante, en esa misma leyenda, los médicos han de realizar una verdadera proeza para lograr apoyarse en un dintel:

Abriose al fin la puerta
que de la esposa al aposento daba,
y la mirada incierta
ninguno a ella dirigir osaba.
Tuvieronse en silencio los doctores

al dintel con respeto,
al intenso dolor del noble esposo
en su gesto turbado y lastimoso
mal ocultando su fatal secreto

(*id.*: 658).

La misma dificultad para distinguir el *dintel* del *umbral* la tiene un seguidor de Zorrilla, Gustavo Adolfo Bécquer (*vid.* la edición de P. Izquierdo 1986: 173, 231):

Mi primer movimiento fue arrojarme a la puerta para cerrar el paso; pero al asir sus hojas sentí sobre mis hombros una mano formidable, cubierta con un guantelete, que después de sacudirme con violencia, me derribó sobre el dintel. Allí permanecí hasta la mañana siguiente, que me encontraron mis servidores falto de sentido (G. A. Bécquer, «La cruz del diablo»: 173).

En el reloj de la catedral sonaba en aquel momento una hora..., no sé cuál..., pero las campanadas eran tristísimas y muchas..., muchas..., estuvieron sonando todo el tiempo que yo permanecí clavado en el dintel y aquel tiempo me pareció un siglo (G. A. Bécquer, «Maese Pérez el Organista»: 231).

Cuando llegó el día, las macizas puertas del arco que daba entrada al caserón, y sobre cuya clave se veían esculpidos los blasones de su dueño, giraron pesadamente sobre los goznes, con un chirrido prolongado y agudo. Un escudero apareció en el dintel con un manojo de llaves en la mano, estregándose los ojos y enseñando al bostezar una caja de dientes capaces de dar envidia a un cocodrilo (G. A. Bécquer, «El rayo de luna»: 242).

Con ese mismo sentido emplea *dintel* en sus poemas:

Las ropas desceñidas,
desnudas las espadas,
en el dintel de oro de la puerta,
dos ángeles velaban
(G. A. Bécquer, *Rimas*, § 74, vv. 1-4: 346).

Incluso en un espacio tan reducido como el que ocupa una puerta, no resulta fácil situar con precisión todos sus elementos; de ahí que se pueda confundir *umbral* con *dintel* o que, ayudándose de lo que se conoce como sentido figurado, haya quien se atreva a estar «apoyado en el quicio de la mancebía» o, lo que resultaba más difícil aún, dispuesto a sentarse en el quicio de la puerta, que es lo que solía hacer, cuando salía del trabajo, un «picador en la mina», abuelo de un maduro cantante de nuestros días.

4.2.2. Apalancarse

Si los escritores pueden cometer equivocaciones al interpretar el significado de una palabra, a causa de la interferencia de una falsa etimología, los propios lexicógrafos estamos sometidos a estos mismos riesgos. No tengo absoluta seguridad sobre la validez de la hipótesis

que presento a continuación, pero creo que es una interpretación atendible y merecedora, al menos, de ser discutida. Se trata de la segunda acepción del verbo *apalancar*. La primera, la tradicional que traía el diccionario académico, era: «tr. Levantar, mover alguna cosa con palanca», cuya relación con la voz de que procede está expresada en la propia definición. En la vigésima primera edición del *Diccionario* (de 1992) se introduce una segunda acepción para esta voz: «prnl. fam. Acomodarse en un sitio, permanecer inactivo en él». Debe de ser un uso bastante reciente en una parte de España, según la información que nos brinda un novelista:

Ya estaban instalados, o apalancados, como se dice ahora en España (A. Muñoz Molina, *Carlota Fainberg*: 25).

Al aparecer en el *Diccionario* estas dos acepciones de *apalancar* se da por supuesto, siguiendo el modo normal de proceder en lexicografía, que ambas coinciden en su etimología y son, por tanto, derivadas de *palanca*. Sin embargo, el significado de la segunda acepción resulta más fácil de entender si la suponemos una variante fonética del verbo *apalencarse*, derivado del sustantivo *palenque* 'empalizada en que se celebra una justa'. Los mexicanos conocían bien el significado de este *palenque*, al que Jorge Negrete solía llevar «un gallo retador»; mientras que muchos españoles tuvieron que esperar hasta la «Expo'92» de la inolvidable ciudad sevillana, para descubrir allí palabra y referente. Dado que una gran parte de los hablantes que oía emplear *apalencarse* no era consciente de la relación que mantenía con *palenque*, se explica este pequeño cambio fonético, propiciado por la atracción que la voz *palanca* ejerció sobre el verbo.

Apalencarse había existido en el siglo XIX, en algunos lugares de América, con un sentido particular, a partir del cual se entiende bien la segunda acepción de *apalancar* que estoy comentando:

A los esclavos que lograban huir hacia el interior de las tierras se les llamó cimarrones. Buscaban refugio en los palenques, lugares

ocultos y de difícil acceso, donde a menudo encontraban indígenas sobrevivientes así como a otros africanos. Los apalencados escapaban de un infierno para entrar en otro: acosados por el hambre, los insectos y la persecución despiadada de blancos especializados en el rastreo -las temidas partidas de rancheadores con sus feroces perros-, los cimarrones constituyeron un símbolo de rebeldía ante una sociedad injusta y cruel (T. Évora 1997: 94).

La historia del trabajo en Cuba fue hasta el último tercio del siglo XIX casi totalmente la historia de la esclavitud rural. Contra la opinión, aún muy generalizada, de que el negro aceptaba pasivamente su servidumbre, están en cada siglo las reiteradísimas noticias de los alzamientos y palenques de negros cimarrones y hasta de los suicidios colectivos a que acudían los infelices esclavos en su desesperación. Tuvieron fama los mandingas por suicidarse en grupo, libertándose así del trabajo y burlando al amo con su huelga eterna y su inacabable cimarronería por el otro mundo. Aquellos infelices, apalencados bajo tierra en las tumbas, creían que resucitaban en carne y espíritu allá en sus pueblos nativos del Africa (F. Ortiz 1987: 87).

Al alterar *apalencarse* en *apalancarse* nos hemos olvidado del *palenque* para sujetarnos -¡y ya es difícil hacerlo!- a una *palanca*. Aunque hemos de reconocer también que no por ello se ha hundido el mundo.

4.2.3. Tecler y teclar

Un ejemplo más, relacionado también con el español americano, servirá para dejar claro cómo muchas veces los etimólogos aportamos al conocimiento del pasado de las palabras más dudas y problemas que soluciones. En el *DECH*, s. v. *tecla*, se señala el empleo de *tecle* 'viejo temblón y caduco' y *teclear* 'estar moribundo' en Chile, Río de la Plata y Colombia. G. Haensch y R. Werner (1993) registran *estar teclando* 'encontrarse en una situación crítica o insegura, especialmente en lo económico' y 'estar muy débil o muy delicado de salud', en un uso marcado como coloquial: en la Argentina

(t. II) y en el Uruguay (t. III). M. A. Morínigo (1993) daba *teclear* como argentino, colombiano, chileno, paraguayo y uruguayo; y el propio diccionario académico en su vigésima segunda edición (de 2001) ha introducido *teclo* 'anciano' como del Perú.

Orientados autor y colaborador del *DECH* por la relación que pudieran tener estos *tecle* y *teclear* con la palabra *tecla*, común a todo el dominio del español, llegamos a explicar su origen por el uso metafórico de *teclearle a uno los dientes* 'temblar, tiritar' y se nos pasó, en cambio, por alto un ejemplo antiguo que nos hubiera podido conducir por otros caminos explicativos: la palabra *tecle*, empleada por Bernal Díaz del Castillo:

Y quando el cacique las presentó dixo a Cortés: *tecle*, que quiere dezir en su lengua 'señor' (B. Díaz del Castillo: *Historia verdadera*, t. I: f.º 41 v.º [facsímile del manuscrito autógrafo]).

He encontrado esta voz en documentos inquisitoriales mexicanos del siglo XVI, referida a ancianos revestidos de una dignidad casi sacerdotal entre los indígenas; Manuel Alvar Ezquerro (1997: 341 b) cita más casos del propio Bernal Díaz del Castillo y de Gonzalo Fernández de Oviedo, y formas emparentadas, como *tecutitli* (*tecutitli* 'señor' lo cita M. Lucena Salmoral 1987: 371), *tecutitlatoque* 'juez'.

En el texto de Bernal Díaz del Castillo se atribuye a un hablante totonaco, pero Manuel Alvar (1990: 98) le da origen náhuatl. El hecho es que *tecle* 'señor', 'anciano', podría ser la base de estos usos suramericanos de *tecle*, *-o* 'viejo', *teclear* 'estar moribundo', *estar teclearando* 'estar en mala situación económica o débil', a que me he referido, mejor que el castellano *teclear* 'mover las teclas', cuyo cambio de significado no resulta fácil de entender, ni tampoco la formación del derivado *tecle*. Pero para esto se ha de suponer que algunas voces totonacas, aunque no tuvieron la difusión de las taínas, se expandirían por América del Sur en boca de los colonizadores, igual

que ocurrió con un pequeño número de palabras del náhuatl (*vid. DECH, s. v. tiza y cf. H. A. Mejías 1980: 30, 31, 37*); suposición que deberá confirmar un especialista.

Los tres ejemplos anteriores sirven para comprobar cómo una mala interpretación etimológica de una palabra puede crear distintos tipos de problemas. La falsa relación de *umbral* con *umbra* 'sombra' lleva a algunas personas a cambiar el referente de esta voz y consiguientemente el de su complementario *dintel*; la creencia según la cual *apalencar* tiene que ver con *palanca* es responsable de la pequeña alteración de la palabra y su acercamiento al significado de aquel sustantivo; en *teclear* 'estar moribundo', simplemente se da una mala orientación etimológica, a pesar de que se busca una justificación de su significado en una explicación semántica que no se sostiene bien. El hecho es más importante de lo que parece a simple vista, pues no se reduce a tropiezos en los planos del significante o del significado. Don Valentín García Yebra ha estudiado la peculiar forma con que se ha incorporado un número importante de voces al español, tomada la mayor parte de ellas de las lenguas clásicas, en las que el francés ha servido de intermediario. Es, por tanto, esta lengua la responsable de la acentuación de que se ha dotado a voces como a *acmé, agonía, anodino, ateo, crisantemo, diatriba, esqueleto, filosofía, hemostasis, hidropesía, manía, patena, sidecar, transistor, vermú, yogur* y muchas más. Como a muchas otras las ha condicionado en su forma: *boletín, botica, capellán, capitán, ciprés, cristal, eclipse, jaspe, ocre, pasquín, poesía, teoría, viril* 'vidrio' (V. García Yebra 1999: s. vv.).

Estas cosas ocurren cuando las palabras no han salido aún del campo en que las cultivan escritores y filólogos. Cuando saltan al palenque del uso normal y se quedan allí a disposición de los hablantes, se dan más motivos para la equivocación, porque el desconocimiento de su origen propicia que se empleen mal voces como *asequible* o *adolecer* (F. Lázaro 1997: 48; 383, 490). Por eso es imprescindible implicar a los hablantes para que traten de hacer a su lengua menos

opaca, llegando a comprender la motivación histórica de usos como *en pelotas* (*id.*: 67), *panfleto* (*id.*: 453), *emérito* (*id.*: 466), *esquirol* (*id.*: 482, 484), *lindo* (*id.*: 515), *chiste verde* (*id.*: 526), para que una persona no llegue a creer que los *pasos* de la Semana Santa se llaman así, «porque en ellos se representa la pasión de Cristo» (*id.*: 494).

Ni el pueblo llano ni los escritores ni los lexicógrafos nos libramos de errores que tiene su origen en el desconocimiento de la historia de las palabras. Sé que no es pequeña la tarea que tenemos por delante los etimólogos, cuando además podemos actuar con la misma torpeza con que he actuado yo en un caso como el de *tecle*, que acabo de citar. Pero he de añadir en nuestro descargo que, ante cualquier equivocación, no siempre disponemos en el momento oportuno de la información necesaria para dar con el origen de algunas palabras; sobre todo las que pertenecen a ese ámbito alejado del léxico más común. Sin esa información no resulta fácil encontrar la explicación de palabras como *cursi*, *magdalena*, *sicalíptico* (Unamuno 1958: 1030), *chirucas* o *loro* 'aparato reproductor de música', pues con este tipo de términos fallan las técnicas de reconstrucción y sobran tantas leyendas etimológicas tan fáciles de inventar como difíciles de aquilatar por los etimólogos. Precisamente los etimólogos nos diferenciamos del resto de los mortales en la desconfianza que mantenemos ante historias, aparentemente tan sencillas y evidentes, como la que le sirve a Cabrera Infante para justificar la formación de *Cantinflas*:

Guillermo Cabrera Infante [...] escribió que [a *Cantinflas*] su nombre se lo dio un espectador «más amigo del mezcal que del agua bautismal», del circo en el que el cómico hacía sus primeros pinitos como payaso, con más pena que gloria, y que, tratando de insultarle, le gritó: «¿Que te inflas, mano, quetinflas» (R. Franco, *El país*, 23.12.95, «Babelia»: 5).

¿Qué medio tenemos para aceptar esta explicación y no otra parecida? De la pregunta que acabo de hacerme quizá se pueda inferir por

qué algunos historiadores resultamos tan aburridos; pero la insatisfacción que muestro da la razón, por otro lado, del porqué del avance imparables que ha experimentado esta parcela de la lingüística histórica que estudia la evolución del léxico de una lengua.

5. LA ETIMOLOGÍA COMO FIGURA LITERARIA

Existe entre las palabras una serie de relaciones —las que tradicionalmente se han considerado la materia etimológica— originadas por los procesos de derivación y composición, responsables de que para descifrar el sentido de una palabra debamos guiarnos por el lugar que ocupa dentro de una familia; por eso se puede decir:

... según Marco Tulio de la etimología o derivación del vocablo venimos en conocimiento de la cosa significada por el vocablo (A. Venegas 1546: f.º 115 v.º).

Ésta es una de las razones por la que los hablantes podemos errar al interpretar algunos elementos del léxico de una lengua: bien porque comprendamos mal estas relaciones, bien porque éstas no existan, como sucede cuando una voz se queda aislada en el universo léxico. Así, ejemplificando lo primero, el latinismo *contentible* parece tener algo que ver con *contentar*, pero sin que pueda establecerse una proporción con *temible* y *temer*. Si algún filólogo ha podido interpretar erróneamente *contentible*, como 'contentadizo', es por no haberse fijado en esa llamada de atención que supone la forma *-ible*, con *i*, que impide que la derivemos de un verbo terminado en *-ar*. De igual modo, el aislamiento en el sistema explica que se llegue a interpretar inadecuadamente *adolescer* o *detentar* la primera vez que los oímos, pues no resulta fácil relacionar genéticamente estas voces con otras y no encontramos, por tanto, facilidades para poder deducir su significado del de sus parientes. De ahí

que sea tan razonable la pregunta siguiente, como aceptables las respuestas, en las que se toman en consideración las dos posibilidades a que acabo de referirme:

So what's in a name? The answer, we have seen, is, a great deal. In the sense of a morphological product, a name is an intricate structure, elegantly assembled by layers of rules and lawful even at its quirkiest. And in the sense of a listeme, a name is a pure symbol, part of a cast of thousands, rapidly acquired because of a harmony between the mind of the child, the mind of the adult, and the texture of the reality (S. Pinker 1995: 157).

En el léxico de una lengua se agrupan distintas familias formadas por palabras que comparten un contenido básico común. Esto le permitió a don José Ortega y Gasset no sacarse de la chistera la voz *deshumanización*, aplicada al arte de su tiempo (J. Guillén 1972: 191), pues la creó basándose en las posibilidades que le permitía introducir como eslabón de una cadena de formas emparentadas como: *hombre* → *humano* → *humanizar* → *humanización* → *deshumanización*, cada uno de cuyos elementos resulta comprensible, con tal de entender el valor del anterior. De ahí que las reglas de derivación de una lengua, que el hablante conoce de una manera implícita, sean las vías más seguras para establecer significados pre-visibles entre las palabras que la conforman.

Además de estas relaciones se establecen otras a través del contenido de las palabras, como ocurre cuando Góngora se refiere en el verso 192 del *Polifemo* «al sonoro cristal, al cristal mudo». La tradición literaria en que se inserta la metáfora hace que la contraposición entre *mudo* y *sonoro* solucione la ambigüedad del valor que ha tomado *cristal*, y nos traslade, cuando se combina con *sonoro*, al agua del arroyo, mientras que enfocado el cristal en compañía de *mudo* nos hace ver a Galatea dormida junto al agua. Son los enigmas de la lengua poética, en los que no se percibe a simple vista el

blanco al que se dirige la flecha de la metáfora (J. Guillén 1972: 46, 70; J. M. Micó 2001: 47).

La etimología como figura literaria –evito «figura etimológica», que no pertenece a las figuras literarias (F. Lázaro 1997: 543)– no tiene que ver con las relaciones en que se organizan los derivados a que me he referido más arriba, sino que se sitúa en el ámbito mismo de la metáfora, pues, como ella, trata de dotar a una palabra de sentido traslaticio. Es una situación que mostró Ernst Robert Curtius (1955, II: 692 y ss.) al explicar cómo la antigua retórica acogió a la etimología entre las figuras literarias, para cumplir la idea aristotélica de destacar bajo los ojos lo designado. Ciertamente en esta utilización retórica de la etimología no se ponen en relación dos signos entre los que existe un cierto «aire de familia», sino dos significados de un mismo signo: uno de los cuales está situado en el pasado y el otro en el presente. Tales significados no tienen por qué ser contiguos –y hasta puede ocurrir que el más alejado en el tiempo se trate en realidad de una mistificación–, de forma que cuanto más difícil resulte ponerlos en relación, más contribuirá ese deslizamiento de significado a reforzar lo que se dice. Descubrir la motivación etimológica de una palabra es un acto de creación semántica paralelo al de creación de una metáfora viva (P. Ricoeur 1975: 397; 253, 389; 388; 371).

Claro está que todo ello implica un amor a la lengua que no es monopolio de escritores y filólogos. Las siguientes palabras del premio Nobel de química Roald Hoffmann no dejan ninguna duda con respecto a esta afirmación:

Yo no tengo problema en hacer, o en intentar hacer, [...] ciencia y poesía. Ambas surgen de mi interés de comprender el universo que me rodea, de mi personal regusto por la comunicación al enseñar lo que he aprendido, y de mi admiración por el lenguaje. Amo las palabras, sus definiciones y etimologías, sus orígenes y relaciones, el poder que tienen sobre nosotros (*apud* A. Martín Muncio 1993: 260).

5.1. *La seducción por la etimología*

No por líricas son menos ciertas las aseveraciones con que se cierra el apartado anterior. Es un acto de amor a las palabras exhumar una acepción anticuada de éstas, como ocurre cuando Ortega y Unamuno utilizan *acostarse* con el valor de 'acercarse' (R. Senabre 1964: 77, L. Gabriel-Stheeman 2000: 64, 65; M. de Unamuno 1958: 911, 1031) o el novelista vasco emplea *deleznarse* por *deslizarse* (*id.*: 647) o establece una relación –jocosa– entre *Parlamento* y *Palabramiento* (*id.*: 654) o divaga sobre *propina* (*id.*: 688) o pretende dar por vía etimológica con la diferencia entre *dialecto* e *idioma* (*id.*: 716).

Pero Roald Hoffmann no se quedaba en el amor, se refería también al poder que ejercen las palabras sobre nosotros. De las mil maneras en que esto pueda lograrse, voy a fijarme sólo en una, en que la etimología busca dar una interpretación aclaradora de la realidad. Es uno de los recursos que utilizó don José Ortega y Gasset, convirtiéndolo en una forma de argumentación por medio de la cual captar la adhesión de los lectores (L. Gabriel-Steehman: 2000). El procedimiento es de un refinamiento extremo, por cuanto supone sustituir los hechos implícitos con que se cuenta en la argumentación –en última instancia, históricos– presentándolos como evidencias del pasado y, como tales, compartidas por todos. Con este proceder se evita la confrontación dialéctica, en la que, aparte de los argumentos, suele destacar desmesuradamente el yo. El acuerdo que se logra con el lector no es en estos casos sino un espejismo, porque, según ha expuesto Emilio Lledó:

Si, según los más arriesgados principios de la metodología, hay que partir siempre de lo más conocido y claro hacia lo desconocido y confuso, parece evidente que el conocimiento del presente puede servirnos de acceso al conocimiento del pasado. Sin embargo, esto no deja de presentar ciertas dificultades, porque la perspectiva histórica, la objetividad que presta la distancia, se opone, indudablemente, a la apasionada presión que el presente ejerce sobre nosotros (E. Lledó 1978: 77).

Miguel de Unamuno se sirve igualmente de la etimología, pero como ariete contra esto y aquello, de un modo particular contra el diccionario de la Academia y, si le viene en gana, contra su director. A lo que añade su complacencia en señalar que estos asuntos sirven sólo para pasar el rato, pues «hay cuestiones de más meollo en que ocuparse uno». Remata todo con la exhibición de su erudición morfológica, desde la que critica cualquier voz que esté mal formada (así *encuesta*, en *Nuevo Mundo*, 1920). Filósofo y novelista parten del mismo procedimiento: uno para seducir al lector; el otro para remachar sus propias ideas. Ortega prefiere presentar las cosas como si todos las compartieran, en un intento de atraernos con ese tono menor del buen conversador que nos toma por el brazo y nos mantiene atentos y ensimismados ante sus palabras. Es el punto más distante posible de la crítica que hacía Baroja a quienes decían «Nosotros no hacemos ensayos, hacemos dogmas» (P. Baroja, «Pequeños ensayos»: 988); de este modo, nos dejamos raptar por esa verdad que parece emanar de lo obvio, para conducirnos a los mediterráneos del sentido común, mientras doblamos con el escritor la esquina de la historia. Lo de menos es si allí, a lo lejos, ése que nos presenta es el significado real que tuvo una palabra en el pasado, pues lo importante es que a nosotros nos lo parezca y que sirva de argumento para dar un vuelco a la realidad presente y enfocarla de otro modo, dando por sentado que, tras este rodeo, la interpretación resulta evidente.

Don José Ortega y Gasset logra así definir de nuevo algunos elementos de la realidad, cambiando simplemente el valor de las palabras, con el pretexto de la orientación que encuentra en su pasado. Si en una metáfora como *El hombre es un lobo*, el significado no es el corriente, sino el que resulta de «un sistema de lugares comunes asociados» a él (M. Black 1962: 40), nuestro filósofo actúa igual, pero poniendo en relación dos sentidos de una sola voz: el actual y el originario. Dota de este modo a las palabras de un contenido deseable, el originario:

Es el Tiempo un poder, a la vez generoso y criminal. [...] El tiempo es creador y, por eso, es generoso. Generoso en su etimología significa el que engendra (J. Ortega y Gasset 1983, I: 497. *Vid.* otros ejemplos en L. Gabriel-Stheeman 2000: 83-84).

El valor de *generoso* se acerca bastante –sin ser el mismo– al que esta palabra tiene, por ejemplo, en *La Celestina*:

Melibea, mujer moza, muy generosa, de alta y serenísima sangre (Fernando de Rojas, *Celestina*: 23).

Pero en otros casos ejerce el filósofo una verdadera tiranía sobre las palabras, al dotarlas en el pasado de un valor semántico que nunca tuvieron, como vemos en el siguiente pasaje:

Y es obra de amor naturaleza, porque significa generación, engendro de las unas cosas con las otras, nacer la una de la otra donde estaba premeditada, preformada, virtualmente inclusa (J. Ortega y Gasset 1983, I: 350).

Se recupera en este ejemplo el valor positivo que *engendro* hubiera debido contener en sus raíces, igual que *engendrar*, que, a diferencia del derivado, no tiene una connotación negativa. Más que un buceo por el origen del significado es un acuerdo a que llega con el lector acerca de la posibilidad de limpiar la ganga que se ha ido pegando a la palabra a lo largo de su historia, a causa de lo que se conoce como «bloqueo» morfológico. De ese modo dota a una voz del contenido que no ha logrado alcanzar; meta a la que llegan otras personas, pero no intencionadamente, sino por mero desconocimiento de los hechos, dando lugar, de ese modo, a una equivocación. La podemos encontrar en el doblaje español de *La herencia del viento*, de Stanley Kramer, donde un personaje, en lugar de referirse a las *generaciones de la Biblia*, lo hace a «estos engendros de la Biblia».

Con *apocalipsis* actúa Ortega del mismo modo, enfocándolo según el deber ser etimológico:

Descubrimiento, revelación, propiamente desvelación, quitar de un velo o cubridor (J. Ortega y Gasset 1983, I: 336).

Y no podemos decir que no haya encontrado buenos continuadores:

Apocalipsis, en griego, significa revelación, descubrir y poner de manifiesto las cosas escondidas; para nosotros la palabra evoca en cambio imágenes catastróficas de destrucción y ruina, de fin del mundo. No está claro que los lectores, que llevan siglos leyendo este libro e interpretándolo a menudo sin respetar la etimología ni la filología, tengan que estar por fuerza tan sólo equivocados (C. Magris 2001: 18).

La actitud etimologizante de Ortega conduce a un acto creativo en el que la palabra, con independencia de su verdadera etimología (*vid.* L. Gabriel-Stheeman 2000: 204-207, a propósito de *seriedad, deporte, carnaval*) resurge con un nuevo significado, para ganarse la complicidad del lector (L. Gabriel-Stheeman 2000: 208); la misma complicidad que busca ahora Luis Magrinyà (*Los dos Luises*: 13 y ss.), en un alegato en favor de la pereza, cuyo mejor argumento es la presentación de la «genealogía innoble» de la palabra *trabajo*.

5.2. *Amor y pedagogía*

Don Miguel de Unamuno –antes he aludido a ello– reflexiona, a su vez, sobre la historia de las palabras; si bien, –como ya lo he dicho también– se muestra más un pedagogo dispuesto a remover los espíritus que un seductor. Sabe que las palabras pueden dejar de ser mediadoras con la realidad y convertirse en parte de ella, desde el preciso instante en que se las define; y conoce el riesgo añadido de que la emoción oscurezca los conceptos que las palabras delimitan,

en casos como *soberanía, autonomía, nación, estado, estatuto* (1958: 663, 815). A este respecto las minucias etimológicas se le representan como algo inútil, según le confiesa en una carta a su amigo Pedro de Múgica, fechada el 5 de abril de 1892:

Tomo la filología como una gimnástica espiritual que contrabalancee mi tendencia, acaso excesiva, a las generalizaciones y abstracciones, mis instintos metafísicos, y una distracción que me proporciona algunos buenos ratos. Que por lo demás (no se indigne usted) estimo la mayor parte de los trabajos lingüísticos ingeniosas investigaciones sobre asuntos baladíes, de que a la humanidad y a la verdadera cultura se le da una higa. ¿Le parece a usted una vida noblemente empleada la gastada en averiguar si este terminacho viene de aquí o de allí? Le soy a usted franco, por mi parte prefiero remover cuatro o cinco grandes lugares comunes... (M. J. Mancho 1997: 277, n. 27).

Al comienzo de su artículo titulado «Enquesta o enquisa» insiste en esta idea recurrente en sus obras:

Hay, así como así, quien cree que ésta es una tarea sustanciosa, y que con ello gana no sé qué entereza espiritual de la casta.

Y lo cierra irónicamente:

¿Verdad, lector, que no hay ahora cuestiones de más meollo en que ocuparse uno? (*Nuevo Mundo*, 1920; es una versión bastante cambiada del publicado en *Mundo Gráfico* en 1913, recogido este último en M. de Unamuno 1958: 583-586).

Aunque lo expuesto en estos textos se compadece mal con otros en que afirma que:

Éste es un campo vastísimo y que exige aún gran laboreo. Porque todo lo que con nuestra lengua y su vida íntima se refiere tiene excepcional importancia (M. de Unamuno 1958: 478).

La contradicción no es sino aparente, pues se trata de que Unamuno no acepta el excesivo foneticismo con que se aborda el estudio histórico de las lenguas, paralelo para él, en lingüística, al materialismo dialéctico aplicado a la historia. Sólo hay por eso, a su juicio, una forma de adentrarse por el pasado del español: sin que «nuestra labor [...] se pierda en minucias etimológicas y gramatiquerías» (M. de Unamuno 1958: 1030, 1006), que entorpecen la posibilidad de atender a los asuntos que interesan más a sus coetáneos. No pretende el rector salmantino mostrarles la historia de las palabras, sino incitarlos, por medio de ellas, a actuar; de ese modo, al interpretar el presente acudiendo a la etimología de voces como *agontá*, *conciencia*, *herejía* o *conchavarse* [*sic*] (relacionando esta última, a mi juicio, con buen criterio, con *confabular*, *vid.* J. L. Moralejo 1995 y *cf.* DECH, s. v.), el recurso a la historia le sirve para crear, más que vocablos, conceptos que permitan, por ejemplo, que los españoles tengamos una visión compartida —que no uniforme— de las cosas. Con tal fin propone crear *consabiduría*, en el sentido de ‘conciencia colectiva’, *contontería*, *connecedad* y *desconsabiduría* (M. de Unamuno 1958: 646-649), neologismos cuya formación pretende ser consecuencia de la moral social; como se fija también en ella, al echar la vista atrás y dar cuenta de que *dialéctica* está emparentada con *diálogo* (*id.*: 647) o que en catalán se da el hecho de valor positivo de que «a hablar le llaman razonar: *enraonar*» (*id.*: 656).

Pasado y futuro se enlazan para lograr por medio de la creación léxica «llegar a la unidad del sentimiento —y por tanto del consentimiento [un caso más del significativo prefijo *con-*]— de un común destino histórico de los pueblos de lengua hispánica». El mejor camino para lograrlo es «zahondar en la vena de expresiones en que se integran nuestros dialectos todos, y entre ellos el castellano. En el son común integral está la visión común, integral, y el consentimiento de la convivencia» (*id.*: 720). Las intenciones no pueden ser mejores; pero no logro encontrar la manera de cómo puedan conducir a esa unidad de sentimiento de un común destino histórico

de los pueblos hispánicos la intraducibilidad de una expresión como «no le dé la gana» o el hecho de que «nuestra palabra *nada* suen[e] en lo hondo de la conciencia a otra cosa que el francés *rien* o que el italiano *niente*» o el «ahondamiento» a que «se prestaría el cavilar sobre la relación entre las ganas y la nada» (*id.*: 719).

6. LA HISTORIA Y LA LÓGICA DEL SENTIDO COMÚN

Fuera del predio en que los lingüistas mantenemos aislada a la etimología como disciplina científica, es normal que muchos la tomen como trampolín para acceder a una especie de realidad conceptual basada en los significados prístinos —reales o inventados— de las palabras. Se justifica esta actitud porque se piensa que en ese estado inicial de cualquier voz está contenida una explicación del presente; e interesa poco la verdad histórica, pues se suele confiar más en la capacidad de lograr una explicación del mundo a través de la intuición que por la fuerza de los métodos de que disponemos para bucear en la historia. Todo lo cual no tiene por qué faltar a la elegancia. No falta a ella Alejo Venegas cuando explica lo más valioso del hombre, su razón:

Razón [...] desciende deste verbo *reor, reris*, que quiere dezir pensar o ymaginar y del participio *ratus* viene *ratio*. Como de *cogitatus, cogitatio*. En romance se dirá *pensamiento*. Este nombre pensamiento se dize en latín *pensamentum* deste verbo *penso, as*, que quiere dezir pesar o ponderar a menudo, porque él viene de *pendo, is* por *pesar*. De manera que razón es un pensamiento o peso con que discurremos más que de una vez, porque si de una vez discuriere sin tornar a pesar o ponderar lo que el entendimiento propone, podría ser que se engañasse la razón. Por esso como quien pesa en un peso de dos balanças, en la una pone los bienes y en la otra los males y daños y pesa cuál pesa más. De modo que la razón es una ponderación de lo que la memoria

conserva y el entendimiento traça y dessea la voluntad. Y quando esta ponderación passa del fiel a una parte o a otra, va fuera de la razón. De aquí dezimos que no tiene razón el que no dize o haze conforme al peso y ponderación de las cosas que pesa en las balanças de la razón (A. Venegas 1546: f.º 115 v.º).

El recurso a la historia es solo aparente en esta explicación, de la que, de hecho, lo más importante es su sentido común. Pero no debiéramos cometer en su nombre el atropello de olvidar injustificadamente la historia, en las formas extremas de aplicación de lo que se conoce como política o lógicamente correcto. Cualquier tipo de imposición en este terreno supone ejercer un poder sobre los demás que «es siempre una usurpación», por decirlo con las palabras de un oscuro archivero de Coimbra, F. de Paula A. G. Duarte (F. Ayala, *Los usurpadores*: 342). Una usurpación y, además, una tontería, como la que nos llevaría a tomar en serio la pregunta siguiente:

Dime, inventor de frase tan maldita,
¿Cómo se pone el sol, cuando se quita?
(Solís, cit. por B. J. Gallardo 1835: 73).

O las que se hace el doctor Alfarnaque, ya citado aquí con otro fin, en el entremés de «Las civilidades»:

¿Por qué a un hombre que tiene mala lengua
le llamas *mal hablado*? Di, barbado,
que ese es mal hablador, no mal hablado.
Suele decirle un hombre al más amigo:
mire lo que le digo;
y puede arrepentirse:
que oiga lo que le digo ha de decirse.
¿Qué será de *pe a pa* y una *sed de agua*?
¿Qué es estarse *erre a erre*, aunque le pese?

¿Tiene más erre erre que ese ese?
Sueles decir furioso
que *ni teme ni debe* a un desalmado.
Con esto le has honrado;
porque, para abatille,
que ni teme ni paga has de decille»
(Q. de Benavente, *Entremeses*: 504)

Si valorásemos la lengua como una serie de teoremas encadenados en forma de palabras no se entendería, en efecto, ese *ponerse el sol* ni el *mal hablado* que acabamos de ver; pero la historia puede darnos una explicación de estos usos y de muchos otros, como *en olor de multitud* (F. Lázaro 1997: 544, 547) o de las causas de una equivocación como llamar *curasán* al *croissant* (*id.*: 546) o de por qué se ha de elegir *chupa de dómine* en lugar de *chúpame dómine* (*id.*: 664) o de qué motivo existe para preferir *Oriente Próximo*, en lugar de *Oriente Medio* o *Medio Oriente* (*id.*: 567).

Este tipo de problemas debiera animarnos a servirnos más a menudo del diccionario, ese refugio contra las inclemencias de la realidad al que podemos acogernos en casi todos los lugares, incluso en la misma Vetusta, en cuyo casino:

El gabinete de lectura, que también servía de biblioteca, era estrecho y no muy largo. En medio había una mesa oblonga cubierta de bayeta verde y rodeada de sillones de terciopelo de Utrecht. La biblioteca consistía en un estante de nogal no grande, empotrado en la pared. Allí estaban representando la sabiduría de la sociedad el *Diccionario* y la *Gramática* de la Academia. Estos libros se habían comprado con motivo de las repetidas disputas de algunos socios que no estaban conformes respecto del significado y aun de la ortografía de ciertas palabras (L. Alas, *La Regenta*, I: 254).

Aunque solemos acudir al diccionario no sólo para entender las palabras que lo componen, sino para organizar el mundo, sin dejar

de lado los deseos, los temores, las prevenciones, y hasta la necesidad de imponer nuestras propias ideas a los demás: todo aquello que Norbert Elias incluía dentro de los mitos que distorsionan nuestra visión de la sociedad y de las quimeras que la ocultan (A. J. Heerma van Voss y A. van Stolk 1991: 51). A señalar esto es a lo que he querido dirigir la mayor parte de estas distendidas reflexiones sobre el léxico español; pero también me he referido a que los escritores pueden convertir tales riesgos en retos estilísticos si saben implicar a los lectores en su solución y éstos aceptan la condición de dar un salto al pasado. A algunos de estos retos me he referido ya, pero he querido dejar para el final uno que muestra por sí solo el placer que se deriva de encontrar la solución a los enigmas que nos proponen nuestros escritores preferidos, en este caso Pedro Salinas, con esos «seiscientos colores» de un poema de *La voz a ti debida*:

«Mañana». La palabra
iba suelta, vacante,
ingrácida, en el aire,
tan sin alma y sin cuerpo,
tan sin color ni beso,
que la dejé pasar
por mi lado, en mi hoy.
Pero de pronto tú
dijiste: «Yo, mañana...».

(P. Salinas, *La voz a ti debida*: 229).

Y todo se pobló
de carne y de banderas.
Se me precipitaban
encima las promesas
de seiscientos colores,
con vestidos de moda,
desnudas, pero todas
cargadas de caricias

Son esos «seiscientos colores», que nos sorprenden a cada nueva lectura del poema, la prueba de que la palabra ha tomado por fin cuerpo; aunque sin que lleguemos a saber la razón exacta de por qué el poeta se acoge a esta expresión. Es preciso esperar hasta que la historia decida desvelarnos sus misterios y sacar a la luz tantos colores como permanecen encerrados bajo seiscientas llaves en el pasado, en el libro tercero de *Los amores de Teágenes y Cariclea*, referidos a lo que les ocurrió a los amantes la primera vez que se miraron:

Y luego, como si tuvieran vergüenza de haberlo hecho, se pararon colorados y, al proviso, cuando la pasión, como yo pienso, les llegó al corazón, se tornaron pálidos y descoloridos. Y finalmente en poco espacio de tiempo seiscientas maneras de colores se les iban y venían a los rostros, significando por la mudanza ansí de la color como de los ojos, el desasosiego del corazón (Heliodoro, *Historia etiópica*: 123).

Basta poner juntos los dos textos para entender el sentido preciso con que Salinas emplea esas promesas visuales, indicio de muchos placeres más para quien tenga su mirada atenta a la historia.

7. FIN

Comencé mi discurso, Señores Académicos, refiriéndome a las dos caras con que se representaba a la memoria en el Renacimiento, repartiéndose entre ellas el pasado y el presente. Voy a cerrar ahora esta exposición con otra representación, de doble faz también: la de las palabras, que como el dios Jano, miran al espacio, para hacer posible el diálogo, según la interpretación que da al mito Paul Valéry:

La parole est Janus. Tourné vers le Moi, et tourné vers l'Autrui.
Me parle et te parle (P. Valéry, «Moralités»: 324).

Porque el diálogo es la clave del quehacer de esta docta institución, sé que no me faltará al incorporarme a los trabajos que la Academia está realizando.

Gracias.

REFERENCIAS

- ALAS, L.: *La Regenta*, ed. de G. Sobejano, 5.^a ed. 2 vols., Madrid: Castalia, 1990.
- ALEMÁN, M.: *Guzmán de Alfarache*. En F. RICO: *La novela picaresca española*, Barcelona: Planeta, 1967.
- ALFONSO X: *Primera crónica general de España*, ed. de R. Menéndez Pidal, con la colaboración de A. G. Solalinde, M. Muñoz Cortés y J. Gómez Pérez, 2 vols., Madrid: Gredos, 1955.
- ALVAR, M. (1990): *Americanismos en la «Historia» de Bernal Díaz del Castillo*, Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica.
- ALVAR EZQUERRA, M. (1997): *Vocabulario de indigenismos en las Crónicas de Indias*, Madrid: CSIC.
- APULEYO: *El asno de oro*, introd., trad. y notas de L. Rubio, Madrid: Gredos, 1978.
- ARCE DE OTÁLORA, J.: *Coloquios de Palatino y Pinciano*, ed. de J. L. Ocasar Ariza, Madrid: Biblioteca Castro, 1995.
- ARENS, H. (1976): *La lingüística: sus textos y su evolución desde la antigüedad hasta nuestros días*, Madrid: Gredos.
- AYALA, F.: *Los usurpadores*. En *Narrativa completa*, Madrid: Alianza Editorial, 1993.
- BAROJA, P.: «Pequeños ensayos». En *Obras completas*, V, Madrid: Biblioteca Nueva, 1948, 969-1092.
- BÉCQUER, G. A.: «La cruz del diablo», «Maese Pérez el Organista» y «El rayo de luna». En *Leyendas*, ed. de P. Izquierdo, Madrid: Cátedra, 1986.
- *Rimas*, ed. de R. Pageard, Madrid: CSIC, 1972.
- BENJAMIN, W. (1971): *Mythe et violence*, Paris: Denoël, *apud* M. de Certeau 1975.
- BLACK, M. (1962): *Models and Metaphors*, Ithaca: Cornell University Press.
- BLECUA, A. (1981): «El entorno poético de fray Luis». En V. GARCÍA DE LA CONCHA, ed.: *Academia literaria renacentista*, I, Salamanca: Universidad de Salamanca, 77-99.

- CALDERÓN DE LA BARCA, P.: *La vida es sueño*, ed. de J. M. Ruano de la Haza, Madrid: Castalia, 1994.
- CAMILLERI, A. (1999): *El perro de terracota*, trad. de M. A. Menini Pagés, Barcelona: Emecé.
- Cancioneiro de Évora*, ed. de A. L.-F. Askins, Berkeley y Los Angeles: University of California Press, 1965.
- Cancionero general, Valencia (1514)*, ed. de J. González Cuenca, en prensa.
- CAPDEVILA, A. (1967): *Consultorio gramatical de urgencia*, Buenos Aires: Losada.
- CASTAÑER MARTÍN, R. M. (1990): *Estudio del léxico de la casa en Aragón, Navarra y Rioja*, Zaragoza: Diputación General de Aragón.
- CASTRO, A. y RENNERT, H. A. (1969): *Vida de Lope de Vega*, Salamanca: Anaya.
- CERTEAU, M. DE (1975): *L'écriture de l'histoire*, Paris: Gallimard.
- CERVANTES, M. DE: *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, ed. de C. Romero Muñoz, Madrid: Cátedra, 1997.
- *Don Quijote de la Mancha*, ed. del Instituto Cervantes dirigida por F. Rico, Barcelona: Crítica, 1998.
- COLLADO DE LEBRIJA, L.: *Plática manual de artillería, en la qual se tracta de la excelencia del arte militar*, Milán: Pablo Gotardo Poncio, 1592.
- CREA: *Corpus de Referencia del Español Actual*, de la Real Academia, en soporte magnético.
- Crónicas de los reyes de Castilla*, ed. de C. Rosell, 2 vols., Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 67, 1953.
- CUERVO, R. J. (1987): *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*. En *Obras*, 2.ª ed., II, Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- CURTIVS, E. R. (1955): *Literatura europea y Edad Media latina*, trad. de M. Frenk y A. Alatorre, 2 vols., México: FCE.
- DELICADO, F.: *La Lozana andaluza*, ed. de B. M. Damiani, Madrid: Castalia, 1969.
- DÍAZ DEL CASTILLO, B.: *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, 3 vols., Chiapas: Porrúa, 1992.

- DÍEZ DE GAMES, G.: *El victorial. Crónica de don Pero Niño, conde de Buena*, ed. de J. de M. Carriazo, Madrid: Espasa-Calpe, 1940.
- ENGUITA, J. M. (2001): «Observaciones lingüísticas en torno a los textos gracianos». En A. EGIDO y M. C. MARÍN eds.: *Baltasar Gracián: Estado de la cuestión y nuevas perspectivas*, Zaragoza: Institución «Fernando el Católico», 129-147.
- ERASMO: *Preparación y aparejo para bien morir*, trad. de B. Pérez de Chinchón, ed. de J. Parellada, Madrid: FUE y Universidad Pontificia de Salamanca, 2000.
- ESCOBAR, Fr. L. DE: *Las quatrocientas respuestas a otras tantas preguntas*, Valladolid, 1545, ed. de J. A. Sánchez Paso, inédita.
- ESPINEL, V.: *Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregón*, Madrid: Juan de la Cuesta, 1618 (reimpresión de la RAE, Madrid, 1990).
- ÉVORA, T. (1997): *Orígenes de la música cubana. Los amores de las cuerdas y el tambor*, Cuba, tomado del CREA.
- FOLLETT, K.: *Los pilares de la tierra*, Barcelona: Plaza y Janés, 1989.
- FRANCIOSINI, L. (1769): *Gramatica Spagnuola ed Italiana*, Venezia.
- GABRIEL-STHEEMAN, L. (2000): *Función retórica del recurso etimológico en la obra de José Ortega y Gasset*, Noya: Toxosoutos.
- GALLARDO, B. J. (1835): *El Criticón*, Madrid, Imprenta de I. Sancha (edición facsímile, preparada por A. L. Iglesias, Badajoz: Diputación de Badajoz, 1983).
- GALLEGO MORELL, A. (1972): *Garcilaso de la Vega y sus comentaristas*, Madrid: Gredos.
- GARCÍA DE LA CONCHA, V. (1978): *El arte literario de Santa Teresa*, Barcelona: Ariel.
- GARCÍA Y GARCÍA, A. (1989): «Los difíciles inicios». En M. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ: *La universidad de Salamanca*, II, Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 13-34.
- GARCÍA YEBRA, V. (1999): *Diccionario de galicismos prosódicos y morfológicos*, Madrid: Gredos.
- GIL DE ZAMORA, J.: *De preconiiis hispaniae o Educación del príncipe*, trad. y estudio de J.-L. Martín y J. Costas, Zamora: Ayuntamiento de Zamora, 1996.

- GÓMEZ MORENO, A. (2000): «La resurrección de Dioscórides y la edición comentada de Laguna», *Criticón*, 79, 107-122.
- GONZÁLEZ DÁVILA, G. (1606): *Historia de las antigüedades de la ciudad de Salamanca*, Salamanca: Artus Taverniel (edición facsímile, Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1994).
- GRACIÁN, B.: *Agudeza y arte de ingenio*, ed. de E. Correa Calderón, 2 vols., Madrid: Castalia, 1969.
- *El Criticón*. En *Obras completas*, ed. de A. del Hoyo, Madrid: Aguilar, 1960, 517-659.
- GUILLÉN, J.: «Rama de otoño». En *Obras completas*, ed. de C. Guillén y A. Piedra, I, Valladolid: Diputación de Valladolid, 1987.
- (1972): *Lenguaje y poesía*, Madrid: Alianza Editorial.
- (1980): *Hacia «Cántico»*. *Escritos de los años 20*, recopilación y prólogo de K. M. Sibbald, Barcelona: Ariel.
- HAENSCH, G. y WERNER, R. dirs. (1993): *Nuevo diccionario de americanismos*, 3 vols., Santafé de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- HEERMA VAN VOSS, A. J. y STOLK, A. VAN (1991): *Norbert Elias par lui-même*, trad. par J. C. Capèle, Paris: Fayard.
- HELIODORO: *Historia etiópica de los amores de Teágenes y Clariclea*, traducida en romance por Fernando Mena, ed. de F. López Estrada, Madrid: RAE, 1954.
- JIMÉNEZ DE RADA, R.: *Historia de los hechos de España*, trad. de J. Fernández Valverde, Madrid: Alianza Editorial, 1989.
- JUNCO, P. DE (1635): *Fundación, nombres y armas de la ciudad de Astorga*, Pamplona: Martín de Labayen (edición facsímile de León: Ediciones Leonesas, 1983).
- KERR, Ph. (2001): *Violetas de marzo*, trad. de I. Merino, Barcelona: Grijalbo-Mondadori.
- KOZULIN, A. (1995): «Vigotsky en contexto». En L. VIGOTSKY: *Pensamiento y lenguaje*, ed. de A. K., trad. de P. Tosaus, Barcelona: Paidós.
- LAPESA, R. (1967): *De la Edad Media a nuestros días*, Madrid: Gredos.
- (1968): *La trayectoria poética de Garcilaso*, 2.^a ed., Madrid: Revista de Occidente.

- (1972a): «Latinismos semánticos en la poesía de Fray Luis de León», *Homenaje a A. Tovar*, Madrid: Gredos, 243-251.
- (1972b): «El cultismo semántico en la poesía de Garcilaso», *Revista de Estudios Hispánicos*, 2, 33-45.
- (1976): «El dialecto asturiano-occidental en los documentos notariales de la baja Edad Media». En *Homenaje a Vicente García de Diego*, *RDTP*, 32, 225-246.
- (1980): *Historia de la lengua española*, 8.^a ed., Madrid: Gredos.
- (1985): *Estudios de historia lingüística española*, Madrid: Paraninfo.
- (1988): «Historia de una "Historia de una lengua española"». En M. ARIZA, A. SALVADOR, A. VIUDAS, eds.: *Actas del I Congreso de Historia de la Lengua Española*, Madrid: Arco Libros, II, 1771-1785.
- (1992): *Léxico e historia, II: Diccionarios*, vol. preparado por J. R. Lodaes, Madrid: Istmo.
- (1996): *El español moderno y contemporáneo*, Barcelona: Crítica
- (1998a): *El dialecto asturiano occidental en la Edad Media*, Sevilla: Universidad.
- (1998b): *Generaciones y semblanzas de filólogos españoles*, Madrid: Real Academia de la Historia.
- (2000): *Estudios de morfosintaxis histórica del español*, ed. de R. Cano y M. T. Echenique, 2 vols., Madrid: Gredos.
- LÁZARO, F. (1997): *El dardo en la palabra*, Barcelona: Círculo de Lectores.
- LEOMARTE: *Sumas de historia troyana*, ed. de A. Rey, Madrid: Anejo XV de la *RFE*, 1932.
- LEÓN, Fr. L. DE: *Exposición del libro de Job*, ed. de J. San José Lera, 2 vols., Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1992.
- LLEDÓ, E. (1978): *Lenguaje e historia*, Barcelona: Ariel.
- LUCENA SALMORAL, M. coord. (1987): *Historia de Iberoamérica, I, Prehistoria e historia antigua*, Madrid: Sociedad Estatal para la Ejecución del Quinto Centenario.
- LUJÁN DE SAYAVEDRA, M.: *Segunda parte de la vida del pícaro Guzmán de Alfarache*, Barcelona, Joan Amello, 1602. En *La novela picaresca española*, ed. de F. Sevilla Arroyo, Madrid: Castalia, 2001.

- MACHADO, A.: *Obras: poesía y prosa*, ed. de A. Albornoz y G. de Torre, 2.^a ed., Buenos Aires: Losada, 1973.
- MAGRINYÀ, L.: *Los dos Luises*, Barcelona: Círculo de lectores, 2000.
- MAGRIS, C. (2001): *Utopía y desencanto*, Anagrama: Barcelona.
- MANCHO, M. J. (1997): «Sobre el Unamuno filólogo (a través del epistolario finisecular)». En Th. BERCHEM y H. LEITENBERGER, eds.: *El joven Unamuno en su época*, Valladolid: Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Castilla y León, 273-287.
- MANRIQUE, J.: *Poesía*, ed. de V. Beltrán, Barcelona: Crítica, 1993.
- MARICHAL, J. (2001): «El discurso oral de Ortega». En I. LOZANO-RENIÉBLAS y J. C. MERCADO, coords.: *Silva. Studia Philologica in Honorem Isatas Lerner*, Madrid: Castalia, 411-419.
- MARTÍN MUNICIO, A. (1993): «Literatura y medicina», *BRAE*, 73, 257-302.
- MEJÍAS, H. A. (1980): *Préstamos de lenguas indígenas en el español americano del siglo XVII*, México: UNAM.
- MEXÍA, P.: *Silva de varia lección*, ed. de A. Castro, Madrid: Cátedra, 1989.
- MICÓ, J. M. (2001): *El «Polifemo» de Luis de Góngora. Ensayo de crítica e historia literaria*, Barcelona: Península.
- MONTEMAYOR, J. DE: *Los siete libros de La Diana*, ed. de J. Montero, Barcelona: Crítica, 1996.
- MORALEJO, J. L. (1995): «La etimología del español *conchabar(se)*», En A. J. DE MIGUEL, F. E. ÁLVAREZ y J. SAN BERNARDINO, eds.: *Homenaje a Fernando Gascó*, I, *Kolaios*, 4, 845-853.
- MORÍNIGO, M. A. (1993): *Diccionario del español de América*, Madrid: Anaya y Mario Muchnik.
- MUÑOZ MOLINA, A.: *Carlota Fainberg*, Madrid: Alfaguara, 1999.
- NÚÑEZ DE REINOSO, A.: *Historia de los amores de Clarea y Florisea y de los trabajos de Isea*, ed. de J. Jiménez Ruiz, Málaga: Universidad de Málaga, 1997.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1983): *Obras completas*, Madrid: Revista de Occidente [se citan los tomos I y VII].
- ORTIZ, F. (1987): *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, Caracas, Aya-cucho, tomado del CREA.
- PENSADO, J. L. (1973): *vid.* Sarmiento Fr. M.

- PÉREZ DE AYALA, R.: *Belarmino y Apolonio*, ed. de A. Amorós, Madrid: Cátedra, 1982.
- PÉREZ GALDÓS, B.: *Doña Perfecta*, ed. de R. Cardona, Madrid: Cátedra, 1982.
- *Gloria*. En *Novelas*, I, Madrid: Aguilar, 1981.
- *La de Bringas*, ed. de A. Blanco y C. Blanco Aguinaga, Madrid: Cátedra, 1983.
- *El caballero encantado*, ed. de J. Rodríguez-Puértolas, Madrid: Cátedra, 1982.
- *La desheredada*, ed. de G. Gullón, Madrid: Cátedra, 2000.
- *Marianela*, Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1937.
- *Misericordia*, ed. de L. García Lorenzo, Madrid: Cátedra, 1982.
- *Rosalía*, ed. de A. Smith, Madrid: Cátedra, 1983.
- *Torquemada en la hoguera*, Madrid: Alianza Editorial, 1996.
- *Tristana*, Madrid-Barcelona: Alfaguara, 1969.
- PINKER, S. (1995): *The language instinct*, New York: Harper Perennial.
- QUIGNARD, P. (1988): *Vie secrète*, Paris: Gallimard.
- QUIÑONES DE BENAVENTE, L.: *Colección de entremeses, loas, bailes, jácaras y mojigangas desde fines del siglo XVI a mediados del XVIII*, ordenada por E. Cotarelo y Mori, I, vol. 2.º, Madrid: Bailly-Baillière, 1911.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: *Diccionario de la lengua española*, Madrid: Espasa-Calpe, 2001 [se citan, especificándolas, otras ediciones].
- RICO, F. (1967): «Aristoteles hispanus: en torno a Gil de Zamora, Petrarca y Juan de Mena», *Italia Medioevale e Umanistica*, 10, 143-164.
- (1981): «Tradición y contexto en la poesía de fray Luis». En V. GARCÍA DE LA CONCHA, ed.: *Academia literaria renacentista*, I, Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 245-248.
- (1993): *El sueño del humanismo. De Petrarca a Erasmo*, Madrid: Alianza.
- RICOEUR, P. (1975): *La métaphore vive*, Paris: Seuil.
- El rimado de la conquista de Granada o cancionero de Pedro Marcuello*, ed. de E. Ruiz-Gálvez Priego, Madrid: Edilán, 1995.
- ROJAS, F. de (y «Antiguo autor»): *La Celestina. Tragicomedia de Calisto y Melibea*, ed. de F. J. Lobera y G. Serés, *et alii*, Barcelona: Crítica, 2000.

- RUSSELL-GEWBETT, P. (1965): *Mediaeval Catalan Linguistic Texts*, Oxford: The Dolphin Book Co.
- SALINAS, P.: *La voz a ti debida*. En *Poesías completas*, Barcelona: Seix Barral, 1981.
- SARMIENTO, Fr. M.: *Catálogo de voces y frases de la lengua gallega*, ed. de J. L. Pensado, Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1973.
- SENABRE, R. (1964): *Lengua y estilo de Ortega y Gasset*, Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- SEVILLA, Isidoro de: *Etimologías*, 2 vols., ed. bilingüe preparada por J. Oroz Reta y M-A. Marcos Casquero, introd. de M. C. Díaz y Díaz, Madrid: Editorial Católica, 1982-1983.
- SHAKESPEARE, W.: *Julietta y Romeo*, trad. de M. de Velasco y Rojas, Madrid: R. Berengüillo, 1872.
- STEINER, G. (1996): *Passions impunies*, Paris: Gallimard.
- STERNE, L.: *Tristram Shandy: Vida y opiniones del caballero Tristram Shandy*, ed. de F. Toda, trad. de J. A. Fernández de Letona, Madrid: Cátedra, 1985.
- TIMONEDA, J.: *El Patrañuelo*, ed. de R. Ferreres, Madrid: Castalia, 1971.
- TODOROV, T. (2000): *Mémoire du mal, tentation du bien: Enquête sur le siècle*, Paris: Robert Laffont.
- TOMÁS Y VALIENTE, F. (1996): *A orillas del Estado*, Madrid: Santillana.
- TUDENSIS, Lucas: *Chronicon mundi*, ed. de E. Falque, Corpus Christianorum. Continuatio Mediaevalis, n.º 74, Turnhout: Brepols, en prensa. Cito también por la edición de J. de Mariana, publicada en A. Schott, *Hispania Illustrata*, IV, 1-116, Frankfurt, 1608.
- UNAMUNO, M. DE (1958): *Obras completas, VI: La raza y la lengua*, ed. de M. García Blanco, Madrid: Afrodisio Aguado.
- VALDÉS, J. DE: *Diálogo de la lengua*, ed. de C. Barbolani, Madrid: Cátedra 1982.
- VALERA, J.: *Obras completas, II*, Madrid: Aguilar, 1961.
- VALÉRY, P.: «Moralités». En *Oeuvres*, ed. de J. Hytier, I, Paris: Gallimard, 1957.
- «Tel quel». En *Oeuvres*, ed. de J. Hytier, II, Paris: Gallimard, 1960.

- VEGA, G. DE LA: *Obra poética y textos en prosa*, ed. de B. Morros, Barcelona: Crítica, 1995.
- *La dama boba y El perro del hortelano*, ed. de R. Navarro Durán, Barcelona: Hermes, 2001.
- *Obras poéticas*, ed. de J. M. Blecua, Barcelona: Planeta, 1969.
- *Peribáñez y el comendador de Ocaña*, ed. de D. McGrady, Barcelona: Crítica, 1997.
- VEGAS Y QUINTANO, M. I. (1790): *Gramática y conducta del domine don Supino*, Alcalá.
- VELASCO Y ROJAS, M. DE: *vid.* W. Shakespeare.
- VENEGAS, A. (1546): *Alexio Venegas: Primera parte de las diferencias de libros que ay en el universo*, Toledo: Juan de Ayala (edición facsímil de Barcelona: Puvill, 1983).
- Viaje de Turquía*, ed. de F. García Salinero, Madrid: Cátedra, 1980.
- VILLAR, F. (1996): *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa*, 2.^a ed., Madrid: Gredos.
- VILLENA, E. DE: *Traducción y glosas de la Eneida*, ed. de P. M. Cátedra, Salamanca: Biblioteca Española del siglo XV, 1989.
- VITSE, M. (1988): *Éléments pour une théorie du théâtre espagnol du XVII siècle*, Toulouse: Université de Toulouse-Le Mirail.
- VIVES, L.: *Diálogos*, Valencia, 1780.
- XIMENII DE RADA, Roderici: *Historia de rebus Hispaniae siue Historia Gothica*, ed. de J. Fernández Valverde, Corpus Christianorum. Continuatio Mediaevalis, n.º 72, Turnhout: Brepols, 1987.
- YNDURÁIN, D. (1994): *Humanismo y Renacimiento en España*, Madrid: Cátedra.
- ZORRILLA, J.: *Don Juan Tenorio, edición facsímil del autógrafo propiedad de la Real Academia Española*, Madrid: Real Academia Española, 1974.
- *Don Juan Tenorio*, ed. de L. Fernández Cifuentes, Barcelona: Crítica, 1993.
- «La Pasionaria» y «El desaffo del diablo». En *Obras completas*, ordenación, prólogo y notas de N. Alonso Cortés, Valladolid: Santarén, 1943.

CONTESTACIÓN

DEL EXCMO. SR.

DON GUILLERMO ROJO

Cuando me enteré de que se celebraba la sesión propia de las elecciones para el primer decano de la nueva Real Academia de las Letras, me acordé de un momento y me acordé, no sólo de la Real Academia de las Letras, sino también de la Real Academia de Ciencias Exactas y Físicas, que una nueva muestra de nuestra profesionalidad se ha convertido de dar la bienvenida a José Antonio Pascual. Conocí a un menor y también una enorme satisfacción personal, porque soy conocido desde que, allá por los primeros años de la década de los sesenta, ambos éramos jóvenes profesores de las Facultades de Filosofía y Letras y trabajábamos en los seminarios, que así se llamaban entonces, de Filología románica de nuestras respectivas universidades. Era, en ese momento, una cooperación justa la que según de hacer punto que él estaba en uno de los departamentos más destacados y admirados de la románica, y yo estaba de desayunando a uno de recién creación, que luchaba entonces por hacer un lugar digno en el conjunto.

José Antonio Pascual se formó, en efecto, en aquella Universidad salmantina que la historia y el buen hacer de muchos de sus profesores, algunos de ellos altamente prestigiosos en sus años, habían creado muchos años por encima de lo que era la media, más bien pobre, de las universidades españolas. Como muy pronto, con el número diez, una cátedra de nuestra Real Academia, para la creación de

CONTESTACIÓN

DE EXCMO. A.

Don GUILERMO ROJO

SEÑORES ACADÉMICOS:

CUANDO todavía no ha desaparecido de mi ánimo la excitación propia de las ocasiones que sabemos únicas en nuestra vida, y me refiero, naturalmente, a la de mi ingreso en esta Casa, me veo ahora del lado de acá para cumplir con la honrosa y gratificante tarea, que una nueva muestra de vuestra generosidad me ha confiado, de dar la bienvenida a José Antonio Pascual. Constituye un honor y también una enorme satisfacción personal, porque nos conocemos desde que, allá por los primeros años de la década de los setenta, ambos éramos jóvenes profesores de las Facultades de Filosofía y Letras y trabajábamos en los seminarios, que así se llamaban entonces, de Filología románica de nuestras respectivas universidades. No es, por supuesto, una equiparación justa la que acabo de hacer, puesto que él estaba en uno de los departamentos más conocidos y admirados de la romanística y yo acababa de incorporarme a uno de reciente creación, que luchaba entonces por hacerse un lugar digno en el conjunto.

José Antonio Pascual se formó, en efecto, en aquella Universidad salmantina que la historia y el buen hacer de muchos de sus profesores, algunos de ellos felizmente presentes en este acto, habían situado muchos codos por encima de lo que era la media, más bien pobre, de las universidades españolas. Ganó muy pronto, con el número dos, una cátedra de enseñanza media, pero la atracción de

la investigación y la docencia universitaria lo llevó de nuevo a la Facultad y lo convirtió en muy poco tiempo en una referencia clara e indiscutible para todos sus colegas. Ahora, con la ventaja que nos proporciona la distancia relativa con que podemos enfocar la evolución de la Lingüística española y de los lingüistas españoles en la segunda mitad del siglo XX, se observa con toda nitidez que José Antonio Pascual representa tanto la transición como también el nexo de unión entre dos generaciones de filólogos y muestra, en su propio trabajo, la evolución experimentada por el conjunto de la profesión desde el cultivo exclusivo de saberes, métodos y enfoques netamente filológicos a los más estrictamente lingüísticos.

La dedicación del profesor Pascual a la docencia y la investigación se ha visto complementada, en un elemento más de su dedicación total a la universidad, por su actividad como gestor, manifestada en el desempeño de muy diversos cargos en la administración universitaria y en organismos vinculados a ella. Entre otras cosas, ha sido director del Colegio universitario de Zamora, Vicerrector de Extensión universitaria de la Universidad de Salamanca, coordinador del área de Humanidades de la Agencia Nacional de Evaluación y Prospectiva y, hasta hace muy pocos meses, director del Instituto Cervantes de París.

No ha hurtado, pues, el cuerpo al desempeño de las más diversas tareas que sin duda son periféricas a lo que es la investigación en sentido estricto, pero que resultan imprescindibles para que esta actividad pueda tener lugar, muy especialmente en un país como el nuestro, en el que la evidente escasez de personal de apoyo hace que las tareas administrativas tengan que ser desempeñadas por los propios investigadores. Lo realmente asombroso, lo que a muchos nos produce una indescriptible envidia, es que José Antonio Pascual ha sido capaz de combinar esta más que notable dedicación a la gestión con una intensa y profunda labor investigadora, manifestada en un centenar de libros y artículos, la dirección de varios proyectos de investigación y de un número considerable de tesis

doctorales, además de haber organizado varios congresos nacionales e internacionales.

Pascual representa, como he indicado hace un momento, el nexo de unión entre los enfoques más netamente filológicos y los más estrictamente lingüísticos, la evolución de los unos a los otros si, desde una perspectiva interesada, se me permite decirlo así. En sus primeros trabajos, en concreto en su tesis doctoral y en algunos estudios vinculados a ella, se enfrentó con las traducciones castellanas de Dante y Boccaccio, así como con otras cuestiones filológicas del castellano del xv. En la tesis, a la que esta Academia otorgó el premio *Conde de Cartagena* en 1973, muestra que, en contra de la opinión más extendida, según la cual el italianismo de poetas como Mena constituía un síntoma del prerrenacimiento, el castellano del cuatrocientos miraba con mucha más atención al catalán —y al aragonés, añadió posteriormente— que al italiano.

El estudio minucioso de aspectos como los que acabo de señalar no le ha impedido ocuparse al tiempo de los temas generales y las grandes cuestiones de la romanística clásica: la constitución de las áreas generales o las características de las primeras fases de los romances hispánicos, por ejemplo. En todos los casos, nuestro nuevo académico parte de una enorme cantidad de datos, aparentemente inconexos en ocasiones, para elaborar una hipótesis más amplia que los contenga a todos. En ocasiones, lo que somete a revisión es el propio marco metodológico en que ha tenido lugar la interpretación previa de esos datos. Así, en el mejor y, a mi modo de ver, el único de los sentidos en que se puede reconocer el magisterio que alguien supone para nosotros, hay que entender sus propuestas de reinterpretación o simple ajuste de las posturas mantenidas tradicionalmente por la llamada 'Escuela lingüística española' y por el propio Menéndez Pidal, a quien Pascual ha dedicado profunda y respetuosa atención, a propósito de las teorías que mantiene en sus *Orígenes del español*, o de lo afirmado por von Wartburg acerca de la formación de las grandes áreas románicas.

En lo referente al español de épocas posteriores, José Antonio Pascual ha tratado de reducir las distancias establecidas habitualmente entre las variedades norteñas y meridionales de la lengua, aportando datos y argumentos que le permiten volver del revés la interpretación de lo ocurrido en los últimos cinco siglos y apuntando la posibilidad de que el español septentrional diera marcha atrás en algunos cambios. Se trata, de nuevo, de una ruptura con los principios del método neogramático, introduciendo ahora algo escasamente utilizado en el estudio histórico: el condicionamiento que la versión gráfica tiene sobre la pronunciación en una época en la que, al parecer, se puede hablar ya de una relativa generalización de la lectura. Con todo ello, aun manteniéndose dentro de la ortodoxia de la línea 'andalucista', puede Pascual acercar posiciones y romper una lanza por Amado Alonso. De modo semejante, la manera particular en que las mujeres de la época aprendían la ortografía lo lleva a confirmar la explicación que García de la Concha había propuesto para la lengua de Teresa de Ávila, cuyos usos poco tenían que ver con el 'estilo ermitaño' y mucho, en cambio, con la manera vieja de hablar castellano en el siglo XVI.

En otra línea de investigación, José Antonio Pascual ha estudiado el léxico, básicamente, pero no de forma exclusiva, desde el punto de vista histórico. Se ha ocupado, por ejemplo, de la historia de la expresión *llorar de los ojos*, de la palabra *rumor* o del léxico relacionado con el lagar medieval, para el que propone, empleando argumentos estrictamente etimológicos, el origen asturiano tanto del aparato y sus componentes como de las palabras que los designan. Pero también ha estudiado los nuevos valores adquiridos por el término *nacionalidad* en el español de España de estos últimos años. Desde estos estudios particulares se ha elevado a las grandes cuestiones de la lexicografía para estudiar la influencia de la ideología en los diccionarios, el papel que en ellos debe jugar la historia o la caracterización de los arcaísmos en los diccionarios de uso. Y de las grandes cuestiones teóricas de la lexicografía, José Antonio Pascual ha bajado

también a la práctica, a la diccionarística, dirigiendo, con Juan Gutiérrez Cuadrado, el proyecto que ha desembocado en el en tantos aspectos innovador y utilísimo diccionario *Salamanca*.

Muy vinculados a estos trabajos están, sin duda, todos los que ha dedicado a la etimología, que sin duda ocupa un lugar preferente entre sus querencias científicas, como muestra el magnífico discurso de ingreso con que acaba de obsequiarnos. Sus numerosos trabajos sobre elementos léxicos de muy distintas características, de enorme relevancia intrínseca, palidecen por la enorme importancia que supone su participación, como colaborador único del maestro Corominas, en el *Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico*, publicado entre 1980 y 1991. El papel que el nuevo académico desempeñó en esa obra va, por supuesto, bastante más allá que, en sus propias palabras, el simple "dar cuerpo a los materiales escritos por D. Joan Corominas, para hacer posible que luego él, después de revisar escrupulosamente mi trabajo, tomara las decisiones que sólo a él, como autor de la obra, le correspondían, y con las que, por otra parte, siempre he estado de acuerdo". La colaboración de José Antonio Pascual en esta inmensa obra de la que todos, incluso los más alejados de estos terrenos, bebemos continuamente, queda realmente mejor caracterizada en la portada del diccionario y en el reconocimiento por parte del propio Corominas de que "no siempre hemos estado de acuerdo, ni la redacción definitiva se ha hecho por una especie de alternativo dictado", sino que "siempre hemos terminado convenciéndonos uno a otro".

Se va viendo, espero, que la actividad científica de José Antonio Pascual ha tenido lugar en la mayor parte de los ámbitos de nuestra disciplina. Este carácter amplio y comprehensivo de los temas estudiados constituye, además de la demostración de una enorme capacidad de trabajo y dedicación a la tarea investigadora, un factor más de su vinculación a las generaciones de maestros que lo han precedido en el tiempo. Mientras que otros nos hemos dedicado a reflexionar, con mejor o peor fortuna, sobre un par de cuestiones de

importancia en muchos casos secundaria, Pascual ha penetrado en todos los componentes y dimensiones del español y de otros romances, de modo que se le puede aplicar con total adecuación la adaptación jakobsoniana de la frase clásica y afirmar no solo que nada lingüístico o filológico le resulta ajeno, sino que, además, es muy probable que haya publicado sobre esa cuestión un par de trabajos.

En efecto, ha tratado problemas filológicos del español en la Edad Media y los Siglos de Oro, historia y etimología del léxico, así como cuestiones metodológicas situadas en el núcleo de la ciencia filológica y del quehacer de los romanistas, como acabamos de ver. Pero hay todavía mucho más, que voy a tener que reducir para no rebasar el espacio y el papel que el protocolo de estas ocasiones impone a quien responde al nuevo académico. Se ha ocupado José Antonio Pascual de diversas cuestiones de fonética histórica del español y ha publicado también un buen número de trabajos sobre de la lengua. Gran importancia poseen igualmente sus contribuciones a la morfología histórica. Son modélicos los trabajos que ha dedicado a los sufijos *-dor* y *-dero*, que afectan tanto a la etimología como al estudio del léxico. En una nueva muestra de la facilidad con que José Antonio Pascual puede pasar de un registro a otro, en el que constituyó la lección inaugural del curso 1996-97 en la Universidad de Salamanca encontramos una apasionante exposición de los problemas fundamentales de la derivación.

También ha hecho nuestro nuevo académico importantes aportaciones en terrenos relativamente alejados de aquellos en los que ha desarrollado su actividad central. Por ejemplo, ha dedicado varios trabajos a cuestiones relacionadas con la norma, el cambio lingüístico y la norma ortográfica y ha coordinado un simposio sobre este tema. No menor relevancia poseen sus contribuciones a la historiografía lingüística. Ha escrito páginas apasionantes sobre algunas de las figuras centrales de nuestras filologías: Menéndez Pidal, Corominas y Michelena. También se ha ocupado con detención de esbozar diversos aspectos del pensamiento de Ortega y Gasset acerca

del lenguaje y la actividad lingüística. La importancia de su trabajo en este punto queda de manifiesto en el hecho de que forma parte del consejo asesor de la revista *Estudios Orteguianos*.

Sin duda, el español ha sido la lengua a la que José Antonio Pascual ha dedicado hasta el momento la mayor parte de su actividad investigadora, pero algunas otras se han visto iluminadas por su agudeza investigadora. El leonés, el catalán, el aragonés, el vasco y el gallego han recibido su atención. Sin entrar en detalles que no serían propios de esta ocasión, me limitaré a aludir a los reconocimientos que sus estudios han tenido por parte de entidades vinculadas a estas lenguas. Nuestro nuevo académico es miembro correspondiente del *Institut d'Estudis Catalans* desde 1998, pertenece al consejo asesor del *Anuario de Filología Vasca Julio de Urquijo* y al comité científico de la revista gallega *Verba*. Su gran aportación a la lingüística gallega ha sido, sin duda, la enorme cantidad de materiales que, gracias a su trabajo, figuran en el *Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico*, según reconoce con toda claridad Joan Corominas al afirmar que "las nuevas aportaciones al estudio de léxico gallego, y del gallegoportugués en general, lo convierten en un diccionario, crítico y completo en el aspecto etimológico, de la lengua del Oeste". No puedo ocultar que hay en esas aportaciones algunas cuestiones discutibles, pero tampoco debo dejar de decir que, en la mayor parte de los casos, se trata de problemas relacionados con los propios materiales y no con la interpretación que de ellos se hace en el artículo correspondiente.

Su interés por las lenguas no se reduce a la dimensión histórica o etimológica. Pascual se ha ocupado con conocimiento y sentido común de la situación lingüística española creada después de la Constitución de 1978 y los cambios consiguientes en las situaciones relativas del español con las otras lenguas oficiales. Y, por supuesto, también la enseñanza del español ha preocupado a nuestro nuevo compañero. Mucho antes de comenzar su colaboración con el Instituto Cervantes y, por supuesto, de dirigir su centro de París, José



Antonio Pascual fue fundador y primer director de la *Revista de la Sociedad Española de Lingüística Aplicada*, buena muestra de su preocupación por cuestiones a las que solo algún tiempo después se ha prestado atención un poco menos insuficiente.

Las referencias anteriores, que he intentado reducir al máximo para no ocupar más tiempo, muestran la amplitud y profundidad con que José Antonio Pascual se ha ocupado de las más diversas cuestiones lingüísticas y filológicas referentes al español actual y de otros tiempos, así como a otras lenguas próximas y a algunas de las figuras más relevantes de nuestra disciplina. Es la de nuestro nuevo académico una obra amplia en cuanto a los temas de que se ha ocupado, pero en todos sus trabajos se observa un elemento constante que proporciona coherencia interna a su obra y la dota de entidad metodológica. Frente al positivismo característico de los neogramáticos y la reducción de la tarea del lingüista al descubrimiento de la regularidad subyacente, José Antonio Pascual, al mejor estilo del método hipotético-deductivo y de las modificaciones en el interior del paradigma, maneja inicialmente grandes cantidades de datos, aparentemente inconexos como he señalado anteriormente, para elaborar a continuación una explicación que dé cuenta de todos ellos, con lo que, en muchas ocasiones, el resultado es una teoría nueva, radicalmente distinta de la mantenida habitualmente hasta ese momento. Como ha señalado con claridad en un trabajo significativamente titulado "La idea que Sherlock Holmes se hubiera hecho de los orígenes del español americano" (2000), lo importante es la cadena de deducciones que nos conducen hasta la solución final. En otras palabras, lo que cuenta no es haber llegado a nuestro destino, sino el camino que hemos recorrido hasta él.

Estoy cierto, querido José Antonio, de que la nueva etapa del camino que inicias en este acto solemne resultará fructífera para la Academia y para todos cuantos se preocupan, nos preocupamos, del español. Con esta seguridad te expreso, en nombre de todos, nuestra más cordial bienvenida a esta Casa que ya es también tuya.





SE TERMINO DE IMPRIMIR ESTE DISCURSO
EL JUEVES 7 DE MARZO DE 2002,
FESTIVIDAD DE SANTA PERPETUA,
EN LOS TALLERES DE
GRAFICAS VARONA
(SALAMANCA)

Antonio Pascual fue fundador y primer director de la *Revista de la Sociedad Española de Lingüística Aplicada*, buena muestra de su preocupación por cuestiones a las que solo algún tiempo después se ha prestado atención un poco menos insalubre.

Las referencias anteriores que he intentado reducir al mínimo para no ocupar más tiempo, indican la amplitud y profundidad con que José Antonio Pascual se ha ocupado de las más diversas cuestiones lingüísticas y filológicas, relacionadas al español actual y de otros tiempos, así como a otros idiomas, procedidas y a algunas de las figuras sobresalientes de nuestra literatura. Es la de nuestro nuevo académico una obra amplia en el campo de los temas de que se ha ocupado, pero en todos sus trabajos y discursos un elemento constante que proporciona coherencia a toda su obra y la dota de entidad metodológica, frente al posterior descubrimiento de los neogramáticos y la reducción de la tarea del lingüista al descubrimiento de la regularidad subyacente en el lenguaje. Al mismo estado del método hipotético-deductivo preceden algunas reflexiones en el interior del paradigma, aunque, en algunas de las cuestiones de índole epistemológica, me parece que se adelantó anteriormente para elaborar y contribuir una explicación que dé cuenta de todos ellos, con lo que, en muchas ocasiones, el resultado es una teoría nueva, radicalmente distinta de la mantenida habitualmente hasta el momento. Como ha señalado con claridad en un ensayo significativamente titulado "La idea que Sierlsch-Holmes se hubiera hecho de los orígenes del español americano" (1960), lo importante es la cadena de deducciones que nos conduce hasta la solución final. En otras palabras, lo que cuenta no es haber llegado a nuestro destino, sino el camino que hemos recorrido hasta él.

Esos datos, queridos José Antonio, de que le quede escape del camino que inicias en este año solemnemente renuncias a ofrecérselo para la Academia y para todos cuantos se preocupan, o más preocupados, del español. Con esta seguridad te expreso, en nombre de todos, nuestra más cordial bienvenida a esta Casa que ya es también tuya.